

CRISTIANDAD

Año XXVII - NUMERO 484

BARCELONA

JUNIO 1971

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

SANTA TERESITA DEL NIÑO
JESUS DOCTOR DE LA IGLESIA
Francisco Canals Vidal

LAS "VOCACIONES" DE SANTA
TERESITA

SI NO ME COMPRENDEIS
ES QUE SOIS UN ALMA
DEMASIADO GRANDE

LA INFANCIA ESPIRITUAL
SECRETO DE LA SANTIDAD

"LOS DOCTORES DE LA LEY SE
HAN HECHO NIÑOS EN SU ES-
CUELA" (del discurso del Cardenal
Pacelli, en la inauguración de la
Basilica de Lisieux"

AL SAGRAT COR
Poesía de Sta. Teresa a Sor María
del Sagrado Corazón.

CARTA APOSTOLICA
"OCTOGESIMA ADVIENS"
En el 80 aniversario de la "RERUM
NOVARUM" de S. S. Paulo VI.

CRITERIO Y CONDUCTA DEL
CRISTIANO ANTE LA CRISIS
ACTUAL EN LA IGLESIA
Roberto Cayuela, S. I.

ADMINISTRACIÓN: Princesa, 21-(3)
Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS DOCTOR DE LA IGLESIA

"Mi misión va a comenzar" ... la misión de enseñar mi caminito a las almas pequeñas"

Con argumentación luminosa y ferviente expresó el P. Roberto Cayuela, S. I. el propósito de esta revista de cooperar al movimiento en favor de la declaración de Santa Teresita del Niño Jesús como Doctor de la Iglesia Universal.

Sencillamente, la idea se va abriendo camino y formando ambiente. Tratando de esto en algunas conversaciones y por correspondencia, se me sugirió esta cuestión: ¿será adecuado un título tan *grande* como es el de doctor de la Iglesia, a una Santa, cuya misión parece ser la de acercar a sí las almas *pequeñas*, por medio de su celeste *caminito*?

Nuestras reflexiones en busca de una respuesta a esta pregunta nos invitan a atender primeramente al sentido y carácter propio de la misión ejercida en el pueblo de Dios por los santos a los que se reconoce oficial y públicamente aquel título.

Tomamos como punto de referencia la doctrina expuesta en el proceso oficial del doctorado de Santa Teresa de Jesús. Además de la autoridad de los textos citados y de su concreción contemporánea, tendrán la ventaja de referirse al primer caso, con Santa Catalina de Sena, de aplicación de dicho título a una mujer, que, según es sabido, tiene por precepto paulino un especial deber de silencio en el ámbito de la Iglesia jerárquica.

"Ha sido Benedicto XIV quien ha determinado las tres condiciones necesarias para que le sea reconocido a alguien este doctorado sobre la Iglesia universal, y son:

- Doctrina eminente.
- Insigne santidad de vida.
- Declaración expresa del Pontífice o de un Concilio universal.

"La eminencia de doctrina no quiere decir que su doctrina forme un cuerpo científico, ni que esté basada en elucubraciones humanas, sino que esté en íntima conexión con la revelación divina y destinada a la ilustración del misterio de la salvación o de la misma doctrina revelada. Este carisma doctoral no implica ninguna dignidad o jerarquía, sino más bien un servicio a cumplir para toda la Iglesia, *defendiéndola* de los errores, *ilustrando* a los fieles en la

verdad revelada, y *testificando* el misterio de la salvación, como explica el magisterio de los pontífices Bonifacio VIII y Benedicto XIV”.

La declaración de un santo como doctor de la Iglesia es claro que no hace referencia a una participación en aquella potestad de magisterio que perpetúa la autoridad doctrinal fundada en la sucesión apostólica, y a la que compete la custodia del depósito revelado contenido en la Sagrada Escritura y en la Tradición.

Aunque algunos de los grandes doctores de la Iglesia han sido obispos o papas, y algunos de sus actos oficiales han sido sin duda también títulos a su reconocimiento como doctores, hay que tener en cuenta que la autoridad infalible y oficial de aquellos actos no se funda en la santidad personal ni el carisma propio de los doctores. Con independencia de la santidad personal y de la sabiduría espiritual de quien lo ejerza, la autoridad doctrinal del magisterio jerárquico se da en todo ejercicio auténtico del mismo.

Es a este magisterio al que se refiere propiamente la promesa de Cristo: “quien a vosotros oye, a Mí me oye”. Sólo a Él hay que oír como merecedor de fe divina, al proponer el misterio revelado, y con asentimiento cierto en el ámbito de todas las verdades conexas con la divina revelación. “Más hay que estar a la autoridad de la Iglesia — escribe Santo Tomás de Aquino, el Doctor común — que a la autoridad de S. Agustín, S. Jerónimo, o de otro doctor cualquiera.”

Pero ha dispuesto Dios que en la Iglesia, presidida por un magisterio jerárquico y visible, distribuyera también el Espíritu Santo, que sopla donde quiere, sus dones en los miembros del pueblo cristiano.

La sabiduría que es don del Espíritu de Dios, para la santificación e iluminación de todo el cuerpo, se comunica, sin acepción de personas y según el beneplácito divino, a obispos presbíteros y diáconos, a clérigos y a laicos, a hombres y a mujeres.

Conviene reflexionar en dos puntos de igual importancia para la comprensión del sentido del título de doctorado reconocido pública y litúrgicamente.

El ejercicio eminente de la inteligencia de la fe, de la sabiduría y de la ciencia espiritual, por el que iluminan al pueblo de Dios los santos doctores, no consiste, en cuanto tal, en el cumplimiento de una función derivada de un mandato emanado del magisterio jerárquico.

Aunque algunos santos doctores han hecho brillar la luz de Cristo también en tareas jerárquicamente autorizadas de predicación o de enseñanza, y como “doctores” en sentido institucional y académico, en modo alguno hay que confundir aquél su carácter de “doctores de la Iglesia”, con una “misión canónica” cual sería la de maestro en teología.

Eminentes teólogos, aun plenamente ortodoxos, no podrían ser reconocidos como “Doctores de la Iglesia”, sino en el caso que mereciesen ser incluidos previamente en el catálogo de los Santos. Y muchos Doctores de la Iglesia no han sido, en sentido sistemático, “teólogos”.

En segundo lugar conviene insistir en la armonía y complementariedad entre el carisma doctoral y el magisterio jerárquico.

La multiformidad y libertad del Espíritu de Dios en su acción en los fieles, no inspira sabiduría auténtica en contradicción con la auténtica autoridad jerárquica.

Ningún verdadero y santo doctor ha podido decir: “Más que a la autoridad de la Iglesia, hay que atender a lo que yo enseño inspirado por el Espíritu de Dios”. Por el contrario, el propio Apóstol Pablo anatematizaba a quien quiera,

aunque fuese él mismo, que se atreviese a propagar otro Evangelio que el que, por vocación apostólica, habían enseñado los Apóstoles.

En diversos grados, son muchos los que en la Iglesia enseñan en el ámbito de la fe y de la obediencia. Los padres de familia al proponer la fe a sus hijos, según la enseñanza del Magisterio, pero no por mandato de éste, antes con función también divinamente establecida. Incluso un amigo a su amigo, si es fiel a la gracia recibida en el bautismo y la confirmación.

Pero ha querido Dios que algunos de sus hijos e hijas fuesen de tal modo eminentes en la sabiduría del Espíritu de Dios, que hiciesen brillar la luz de Cristo de tal manera que "iluminase a todos los que están en la casa".

Y porque es el magisterio jerárquico el único con misión de autoridad en la Iglesia militante, sólo a él compete, y precisamente al Sumo Pontífice o a un concilio universal, juzgar pública y autoritativamente acerca de aquella influencia iluminadora ejercida por los santos doctores.

Por esto mismo se comprende que aquel acto no convierte la doctrina de los santos declarados como doctores en enseñanza jerárquica. Lo que hace es reconocer y declarar que por don divino hicieron brillar en la Iglesia, por moción del Espíritu Santo, la verdad salvadora que la Iglesia custodia y de la que vive.

Además de la santidad insigne, reconocida por la canonización, y del juicio sobre la ortodoxia y eminencia de la doctrina, es obvio que la declaración por la Iglesia jerárquica del título de doctor de la Iglesia exige cierta universalidad y publicidad del influjo ejercido sobre el pueblo cristiano. Mientras podría proponerse por la canonización como ejemplo para los fieles un Santo que hubiese quedado oculto y sólo conocido en un estrecho círculo, carecería de sentido que se proclamase como doctor a quien no hubiese, en alguna época o región al menos, influido pública y universalmente sobre los fieles.

Conviene tener presente, pues, que, si sólo al supremo magisterio compete la declaración formal y autorizada, ésta consiste precisamente en la afirmación solemne de que el propio pueblo cristiano ha recibido las enseñanzas del Santo Doctor como mensaje alentado por el Espíritu de Dios.

* * *

Ni el doctorado que la Iglesia proclama en los Santos declarados tales, ni, por otra parte, el propio ejercicio del magisterio jerárquico, tiene que ver con títulos humanos de grandeza o sabiduría de orden natural.

La autoridad del magisterio jerárquico se funda en la promesa divina. La sabiduría iluminadora de los doctores, aunque pueda asumir los elementos racionales de ciencia teológica o filosófica, y aún de cultura literaria, no se constituye por tales elementos.

No podríamos pensar que San Anselmo fue honrado con este título por el talento genial que desplegó en la formulación de la prueba ontológica de la existencia de Dios, cuya validez demostrativa discutieron sutilmente otros como Santo Tomás de Aquino.

Lo que han enseñado los doctores de la Iglesia no es su propio saber, en fuerza de la grandeza de su talento o de su cultura, sino el mensaje de salvación, por dispensación misteriosa del Espíritu de Dios.

No fueron doctores de la Iglesia porque fuesen *grandes hombres*. Tal vez ilustrará lo que queremos decir la comparación con Santa Juana de Arco: no tendría sentido pensar que, por ser una gran mujer, fue genial en el campo de lo militar y de lo político. Santa Juana era pobre y pequeña,

campesina e indocta; pero por designio divino ejerció una influencia grandiosa, heterogénea con la de los genios políticos y militares, e incomparable en su alcance con la de los mayores entre aquellos.

Santa Teresita del Niño Jesús se definía a sí misma como un *alma pequeña* en la que Dios había obrado cosas grandes; incluso *desmintió a quien la calificaba como una gran santa*. Al hablar así combatía indudablemente el prejuicio de quienes consideran la grandeza humana como dimensión constitutiva de la santidad.

Ciertamente que en el orden humano mismo la santidad constituye la más profunda y misteriosa grandeza. Pero esto no significa que surja ésta por poder o voluntad humana, antes al contrario la grandeza de la santidad es en sí misma don y gracia del Espíritu Santo.

Sólo en esta perspectiva podremos comprender que Santa Teresita, pequeña y consciente de su pequeñez, se sintiese desde su infancia destinada a una gloria no aparente para los ojos mortales, y que consistiría en llegar a ser *una gran santa*.

La santidad insigne y la doctrina eminente y pura que la Iglesia exige en los que proclama como Doctores brillaron en Santa Teresita en unidad perfecta. *Su misión* ha sido recordar a los cristianos aquel mensaje evangélico cuya experiencia colmó su vida entera “si no os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos...”, “quien se hiciere pequeño como un niño, será el mayor en el reino de los cielos”.

Si la santa carmelita de Lisieux hablaba de *su caminito* y de *su misión* de comunicarlo a las almas no es porque creyese aportar algo propio suyo. *Su doctrina* lo era en el sentido en que el Apóstol Pablo hablaba de su Evangelio. La vida de Santa Teresita ha venido a ser para el mundo de hoy, al decir de Pío XI, un mensaje viviente *de Dios*.

No es Teresita quien dice: “*Si alguno es pequeño que venga a Mí*”. Es Dios, cuya fuerza se perfecciona en la debilidad, el que ha elegido lo pequeño y las cosas que no son para confundir a lo grande y a las cosas que son. Por esto Pío XI enseñó, conforme al Evangelio, que la infancia espiritual es camino inseparable de aquella grandeza de alma que hace digno según la promesa de Cristo de ser glorificado en la Jerusalén celestial y en la Iglesia militante.

La doctrina de Teresita del Niño Jesús no fue la de una escuela particular adaptada para ciertas almas: las almas pequeñas. Porque la infancia a que ella llama es la que tiene que sentir ante Dios quien quiera que acepte el mensaje de su amor y de su misericordia.

Aquella alma pequeña ha sido pues escogida para ser mensajera grandiosa y eminente del mensaje evangélico. Por esto también su influjo apostólico brilla con dimensiones de incomparable grandeza. En Lisieux el entonces cardenal Pacelli ponía el nombre de la santa carmelita en línea con los de San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán.

Millones de lectores en más de treinta y cinco lenguas a los pocos años de la primera difusión de sus escritos proclaman su grandeza. La liturgia ha podido aludirla con las palabras del profeta Isaías: *He aquí que yo derramaré sobre ella como un río de paz, y como un torrente que inunda la gloria de las naciones*.

LAS "VOCACIONES" DE SANTA TERESITA

1 ¡Oh, hermana mía querida! Me pedís un recuerdo del retiro espiritual que acabo de hacer, retiro que tal vez sea el último.

Puesto que Nuestra Madre lo permite, es para mí una alegría ponerme a platicar con vos, que sois dos veces mi hermana, que me prestasteis vuestra voz cuando yo era incapaz de hablar, prometiendo en mi nombre servir sólo a Jesús.

Queridita madrina: Aquella misma niña que ofrecisteis al Señor, es la que os habla esta noche, la que os ama hoy como una hija ama a su madre... Sólo en el cielo conoceréis toda la gratitud que se desborda de mi corazón.

¡Oh, hermanita querida! Deseáis conocer los secretos que Jesús confía a vuestra hijita. Sé que esos mismos secretos os los confía también a vos, pues fuisteis vos precisamente quien me enseñó a recoger en el corazón las enseñanzas divinas.

Sin embargo, trataré de balbucir algunas palabras, aunque bien sé que le es imposible a la palabra humana expresar cosas que el corazón del hombre apenas puede presentir.

La ciencia del amor

2 No creáis que nada en medio de las consolaciones. ¡Oh, no! Mi consolación es no tenerla en la tierra. Sin mostrarse, sin hacerme oír interiormente su voz, Jesús me instruye en secreto; no por medio de libros, pues no entiendo lo que leo.

A veces alguna frase viene a consolarme, como la que he hallado al final de la oración, después de haber permanecido todo el tiempo en silencio y en sequedad; y es ésta: "He aquí el maestro que yo te doy. Él te enseñará todo lo que debes hacer. Quiero hacerte leer en el Libro de la Vida, donde está contenida la ciencia del amor" (1).

¡La ciencia del amor! ¡Oh, sí! Estas palabras resueñan dulcemente en el oído interior de mi alma. Ésta es la única ciencia que deseo. Después de haber dado por

ella todas las riquezas del mundo, estimaría — como la Esposa del Cantar de los Cantares — no haber dado nada.

Comprendo tan perfectamente que no hay cosa que pueda hacernos gratos a Dios fuera del amor, que es el amor el único bien que deseo.

La misericordia se concede a los pequeños

3 Jesús se complace en enseñarme el único camino que conduce a este divino horno del Amor; y el camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en los brazos de su padre. "Si alguno es pequeñito, que venga a mí" (2), dijo el Espíritu Santo por boca de Salomón.

Y este mismo Espíritu de amor dijo también que "la misericordia se concede a los pequeños" (3).

En su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día "el Señor conducirá a los pastos su rebaño, reunirá a los corderillos y los estrechará contra su corazón" (4).

Y como si no bastasen estas promesas, el mismo profeta, hundiendo su inspirado mirar en los profundidades eternas, exclama en nombre del Señor: "A la manera que una madre acaricia a su hijito, así os consolaré yo. Os llevaré en mi regazo, y os acariciaré sobre mis rodillas" (5).

¡Oh, madrina mía! Después de haber escuchado semejante lenguaje, no queda más que callar, llorar de gratitud y de amor.

Jesús pide únicamente amor

4 ¡Ah! Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas, el alma de vuestra Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cumbre de la Montaña del Amor, puesto que Jesús no pide grandes obras, sino únicamente abandono y agradecimiento.

(1) Estas palabras de Nuestro Señor a Santa Margarita María se hallan en un libro de aquella época conservado en el Carmelo de Lisieux: *Petit bréviaire du Sacré-Coeur de Jésus* (Nancy, librairie Notre Dame, 1882).

(2) *Proverbios*, IX, 4.

(3) *Sabiduría*, VI, 7.

(4) *Isaías*, XL, 11.

(5) *Ib.*, LXVI, 13-12.

Dios dijo en el Salmo XLI: "No necesito en absoluto de los machos cabríos de vuestros rebaños, porque más son todas las fieras del bosque y los miles de animales que pastan en las colinas... Conozco todas las aves de las montañas... Si tuviese hambre, no acudiría a vosotros, pues la tierra entera, con todo lo que continene es mía. ¿Es que tendré yo que comer la carne de los toros y beber la sangre de los bueyes?... *Ofreced a Dios sacrificios de alabanzas y de acción de gracias*" (6).

Esto es todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad alguna de nuestras obras, sino únicamente de nuestro amor.

Porque ese mismo Dios que asegura no tener necesidad de acudir a nosotros si tiene hambre, no vacila en mendigar un poco de agua de la Samaritana. Tenía sed... Pero al decir: "dame de beber" (7), era el amor de su pobre criatura lo que el Creador del universo reclamaba.

Tenía sed de amor. ¡Ah! Veo con más claridad que nunca que Jesús está sediento. Entre los discípulos del mundo sólo halla ingratos e indiferentes. Y entre los discípulos que se le han consagrado halla muy pocos corazones que se le entregan sin reservas, muy pocos que comprenden toda la infinita ternura de su amor.

5 Querida hermana: ¡Felices nosotras que comprendemos los íntimos secretos de nuestro Esposo! ¡Ah! Si escribieseis vos todo lo que acerca de ellos sabéis, tendríamos ocasión de leer páginas muy bellas. Pero lo comprendo: preferís conservar en el fondo de vuestro corazón "los secretos del Rey"; mientras que a mí me decís: "Cosa loable es publicar las obras del Altísimo" (8).

Creo que hacéis bien en guardar silencio; y sólo por complaceros escribo yo estas líneas, pues conozco mi impotencia para expresar con palabras de la tierra los secretos del cielo. Además, aunque trazara páginas y más páginas, me parecería no haber empezado aún...

Hay horizontes tan diversos, matices tan infinitamente variados, que sólo la paleta del celeste Pintor podría suministrarlos, después de la noche de esta vida, los colores necesarios para pintar las maravillas que el Señor descubre a los ojos de mi alma.

Sueño misterioso

6 Me habéis pedido que os escriba mi sueño y "mi pequeña doctrina", como vos la llaméis. Lo he hecho en las páginas que siguen; pero tan mal, que me parece imposible que comprendáis nada.

Tal vez juzguéis exageradas mis expresiones. ¡Ah! Perdonadme; eso débese achacar a mi estilo poco agra-

dable. Os aseguro que en mi pequeña alma no hay exageración alguna; todo en ella está tranquilo y reposado.

Al escribir, me dirijo a Jesús y le hablo a Él; así me resulta más fácil expresar mis pensamientos. Lo cual no impide, ¡ay de mí!, que vayan malísimamente expresados.

7 ¡Oh, Jesús, mi Bien amado! ¿Quién podrá decir con cuánta ternura, con cuánta dulzura conducís mi pequeña alma, y cuán grandemente os complacéis en hacer brillar el rayo de vuestra gracia aun en medio de la más oscura tormenta?

Jesús: Rugía fuertemente la tormenta en mi alma desde la hermosa fiesta de vuestro triunfo, la radiante fiesta de Pascua, cuando un sábado del mes de mayo, recordando los sueños misteriosos que en algunas ocasiones concedéis a ciertas almas, pensaba yo que el tenerlos debía de ser un consuelo muy dulce. No obstante, no lo pedí.

Por la noche, considerando las nubes que se amontonaban sobre su cielo, mi pequeña alma se decía a sí misma que aquellos hermosos sueños no estaban hechos para ella. Y me dormí bajo la tormenta...

8 El día siguiente era el 10 de mayo, segundo domingo del mes de María, tal vez el aniversario de aquel otro día en que la Santísima Virgen se dignó sonreír a su Florecilla.

En los primeros albores de la aurora, me encontré — en sueños — en una especie de galería. Había otras varias personas, pero alejados. A mi lado sólo estaba Nuestra Madre.

De pronto, sin saber cómo habían entrado, vi delante de mí a tres carmelitas, vestidas con sus capas blancas y echados los velos. Me pareció que venían a visitar a Nuestra Madre; pero de lo que no tuve duda alguna fue que venían del cielo.

En el fondo de mi corazón yo exclamé: ¡Ah! ¡Cuánto me gustaría ver el rostro de una de esas carmelitas! Y en aquel momento, como si hubiese sido atendido mi ruego por ella, la más alta de las tres santas se adelantó hacia mí. Yo al instante caí de rodillas.

¡Oh, felicidad! La carmelita se quitó el velo, mejor dicho, se lo levantó ligeramente y me cubrió con él. Yo, sin la menor vacilación, reconocí en seguida a la Venerable Madre Ana de Jesús, fundadora del Carmelo de Francia (9).

Su cara era hermosa, de una hermosura inmaterial. No despedía resplandor alguno y, sin embargo, a pesar del velo que nos envolvía a las dos, veía su rostro celestial iluminado por una claridad inefablemente suave, claridad que el rostro no recibía sino que producía él mismo.

(6) *Salmo XLIX*, 9-13.

(7) *Juan*, IV, 7.

(8) *Tobías*, XII, 7.

(9) Ana de Lobera entró en el año 1570 en San José de Avila, primer monasterio del Carmelo reformado, y tomó el nombre de Sor Ana de Jesús. Fue la consejera y compañera de Santa Teresa, y la heredera de su espíritu. Ella fue la que consiguió de San Juan de la Cruz el *Cántico espiritual*. Más tarde implantó la Reforma teresiana en Francia y en los Países Bajos.

9 Me sería imposible expresar la alegría de mi alma. Estas cosas se sienten, y no se pueden decir... Varios meses han pasado desde que tuve este dulce sueño; pero el recuerdo que ha dejado en mi alma nada ha perdido de su frescura, de su encanto celestial.

Aún me parece estar viendo la mirada y la sonrisa llenas de amor de la Venerable Madre. Aún me parece estar sintiendo las caricias que me prodigó.

Al verme tan tiernamente amada, me atreví a pronunciar estas palabras: "¡Oh, Madre mía! Os suplico que me digáis si Dios me dejará todavía mucho tiempo en la tierra. ¿Vendrá pronto a buscarme?"

Sonriendo tiernamente, la santa murmuró: "Sí, pronto, pronto... Os lo prometo".

"Madre mía —añadí yo—, dícidme también si acaso Dios no me pide algo más que mis pobres y pequeñas acciones y deseos. ¿Está Él contento de mí?"

El rostro de la santa tomó una expresión incomparablemente más tierna que la primera vez que me habló. Su mirada y sus caricias eran ya la más dulce de las respuestas. No obstante, me dijo: "Dios no os pide ninguna otra cosa; está contento, muy contento..."

Después de acariciarme otra vez con más amor del que jamás haya tenido por su hijo la más tierna de las madres, la vi alejarse. Mi corazón estaba henchido de gozo; pero me acordé de mis hermanas, y quise pedir alguna gracia para ellas. Mas ¡ay!, me desperté...

10 ¡Oh, Jesús! Ya no rugía la tempestad; el cielo estaba sereno y en calma. Yo creía, estaba segura de que existía el cielo, un cielo poblado de almas que me quieren y me miran como a su hija.

Esta impresión quedó tanto más fuertemente grabada en mi corazón cuanto que hasta entonces la Venerable Madre Ana de Jesús me había sido del todo indiferente; nunca la había invocado y nunca me había venido a la mente su recuerdo fuera de las ocasiones en que oía hablar de ella, que eran raras.

Por eso, cuando comprendí hasta qué punto me amaba ella, y cuán lejos estaba yo de serle indiferente, mi corazón se deshizo de amor y de gratitud, no sólo hacia la santa que me había visitado, sino también hacia los demás bienaventurados moradores del cielo.

«Siento en mí el valor de un cruzado, de un zuavo Pontificio»

11 ¡Oh, mi Bien amado! Esta gracia no era sino el prelude de otras mayores que deseabas prodigarme. Déjame, ¡oh mi único Amor!, que te las recuerde hoy..., hoy, sexto aniversario de nuestra unión... (10).

¡Ah! Perdóname, Jesús, si desvarío al exponer mis deseos, mis esperanzas que tocan en lo infinito. Per-

dóname, y cura mi alma concediéndole todo lo que ella espera.

Ser tu esposa, ¡oh, Jesús!, ser carmelita, ser por mi unión contigo la madre de las almas, debiera bastarme. Pues no es así. Ciertamente, estos tres privilegios constituyen mi vocación: Carmelita, Esposa y Madre.

Sin embargo, siento en mí otras vocaciones. Siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir. Siento, en una palabra, la necesidad, el deseo de realizar por Ti, ¡oh Jesús!, las más heroicas acciones.

Siento en mí el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir sobre un campo de batalla por la defensa de la Iglesia.

Siento en mí la vocación de sacerdote. ¡Oh, Jesús! ¡Con qué amor te recibiría en mis manos cuando al conjuero de mis palabras bajaras del cielo! ¡Con qué amor te daría a las almas! Pero, ¡ay! Aun deseando ser sacerdote, yo admiro y envidio la humildad de San Francisco de Asís, y siento al mismo tiempo la vocación de imitarle rehusando la sublime dignidad del sacerdocio.

«Quisiera dar luz como los Profetas y los Doctores»

12 ¡Oh, Jesús, amor mío, vida mía! ¿Cómo hermanar estos contrastes? ¿Cómo realizar los deseos de mi pobrecita alma?...

¡Ah! A pesar de mi pequeñez, yo quisiera dar luz a las almas, como los profetas y los doctores.

Tengo la vocación de apóstol. Quisiera recorrer la tierra predicando tu nombre y plantar sobre el suelo infiel tu Cruz gloriosa. Pero, ¡oh, mi Bien Amado!, una sola misión no me bastaría. Desearía anunciar a un mismo tiempo el Evangelio en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más apartadas.

Quisiera ser misionero no sólo durante algunos años; sino haberlo sido desde la creación del mundo, y serlo hasta el fin de los siglos.

Pero sobre todo desearía, ¡oh amadísimo Salvador mío!, derramar por Ti mi sangre hasta la última gota...

¡El martirio! He aquí el sueño de mi juventud. Ha ido creciendo conmigo bajo los claustros del Carmelo. Mas veo que también este sueño mío es una locura, pues no me limitaría a desear un género determinado de martirio. Para satisfacer mis ansias necesitaría padecerlos todos.

Quisiera ser flagelada y crucificada como tú, Esposo mío adorado. Quisiera morir despellejada como San Bartolomé, y sumergida en aceite hirviendo como San Juan. Desearía sufrir todos los suplicios impuestos a los mártires. Con Santa Inés y Santa Cecilia, quisiera ofrecer mi cuello a la cuchilla, y con Santa Juana de Arco, mi hermana querida, pronunciar dulcemente tu nombre en medio de la hoguera, ¡oh, Jesús!

(10) Teresa había profesado el 8 de septiembre de 1890.

Al pensar en los tormentos que padecerán los cristianos en tiempo del Anticristo, mi corazón salta de gozo, y desearía que me fueran reservados tales tormentos.

¡Jesús! ¡Jesús! Si fuese a escribir todos mis deseos, tendrías que prestarme "el Libro de la Vida"; en él están consignadas las acciones de todos los santos, y éstas son las acciones que yo hubiera querido realizar por ti.

¿Qué responderás a todas mis locuras? ¿Hay, acaso, un alma más pequeña e impotente que la mía? Y no obstante, fue precisamente esta mi debilidad la que te movió siempre, ¡oh, Señor!, a colmar mis pequeños deseos, y la que te mueve hoy a colmar otros deseos míos más grandes que el universo.

El corazón de la Iglesia

13 Como estos deseos constituían para mí durante la oración un verdadero martirio, abrí un día las Epístolas de San Pablo, a fin de hallar en ellas una respuesta. Mis ojos fueron a dar con los capítulos XII y XIII de la Epístola primera a los Corintios.

Leí en el primero que no todos pueden ser apóstoles, profetas, doctores, etc...; que la Iglesia está compuesta de diversos miembros, y que el ojo no puede ser al mismo tiempo mano (11).

La respuesta era clara, pero no colmaba mis deseos ni me devolvía la paz.

Así como María Magdalena, inclinándose hacia abajo cerca del sepulcro vacío, llegó por fin a encontrar lo que buscaba, así también abajándome yo hasta las profundidades de mi nada, logré elevarme tan alto que conseguí mi deseo (12).

Sin desanimarme, proseguí mi lectura, y hallé esta frase que me reconfortó: "Codiciad los carismas más perfectos. Y todavía os voy a mostrar un camino más excelente" (13). Y el Apóstol explica cómo todos los carismas, aun los más perfectos, nada son sin el Amor. Afirma que la caridad es el camino excelente que conduce con seguridad a Dios.

14 Por fin, había encontrado el descanso para mi alma. Considerando el cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por San Pablo; o mejor dicho, creía reconocerme en todos.

La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí, que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diversos miembros, no le faltaría el más necesario, el más noble de todos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor.

Comprendí que sólo el amor era quien ponía en mo-

vimiento a los miembros de la Iglesia; que si el amor se apagase, los apóstoles no anunciarían ya el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre...

Comprendí que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que el amor abarca todos los tiempos y todos los lugares, en una palabra, que el amor es eterno.

15 Entonces, en un transporte de alegría delirante, exclamé: —¡Oh, Jesús, mi amor! Por fin he encontrado mi vocación; mi vocación es el amor. Sí, he hallado mi lugar en la Iglesia. Dios mío, vos mismo me lo habéis señalado; en el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor. Así lo seré todo, así mi sueño se verá realizado.

¿Porqué hablar de una alegría delirante? No es ésta la expresión justa. Fue más bien la paz tranquila y serena que experimenta el navegante al divisar el faro que ha de guiarle al puerto.

¡Oh, faro luminoso del amor! Yo sé cómo llegar hasta ti. He hallado el secreto para apropiarme tu llama.

Sólo una niña soy, impotente y débil. No obstante, esta misma debilidad es la que inspira la audacia de ofrecerme como víctima a tu amor, ¡oh Jesús! Antes, sólo las hostias puras y sin mancha eran aceptadas con agrado por el Dios fuerte y poderoso. Para satisfacer a la justicia divina eran necesarias víctimas perfectas.

Pero a la ley del temor sucedió la ley del amor; y el amor me ha escogido por holocausto, a mí, débil e imperfecta criatura. ¿No es, acaso, digna del amor esta elección?

El niño ama por sus hermanos que luchan

16 Sí. Para que el amor quede plenamente satisfecho es necesario que se abaje hasta la nada y la transforme en fuego.

¡Oh, Jesús! Sé, muy bien que el amor sólo con amor se paga (14). Por eso busqué y hallé el modo de desahogar mi corazón devolviéndote amor por amor.

"Emplead las riquezas que hacen al hombre injusto en granjearos amigos que os reciban en las eternas moradas" (15). Éste es, Señor, el consejo que das a tus discípulos después de haberles dicho que "los hijos de las tinieblas son más sagaces en sus negocios que los hijos de la luz" (16).

Hija de la luz, yo comprendí que mis deseos de serlo todo, de abarcar todas las vocaciones, eran precisamente las riquezas que podrían hacerme injustas. Y por eso las empleé en conquistarme amigos.

Acordándome de la súplica de Eliseo a su Padre Elías —cuando se atrevió a pedirle su doble espíri-

(11) Cfr. *I Corintios*, XII, 29-12-21.

(12) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Poesías*: "Tras de un amoroso lance".

(13) *I Corintios*, XII, 31.

(14) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*; comentario a la estrofa IX.

(15) *Lucas*, XVI, 9.

(16) *Ib.*, 8.

tu — (17), me presenté ante los Ángeles y los Santos, y les dije: —Soy la más pequeña de las criaturas. Conozco mi miseria y mi debilidad. Pero sé también cuánto gustan los corazones nobles y generosos de hacer el bien. Os suplico, pues, ¡oh, bienaventurados moradores del cielo!, os suplico que me adoptéis por hija. Para vosotros solos será la gloria que me hagáis adquirir; pero dignaos escuchar mi súplica. Es temeraria, lo sé; sin embargo, me atrevo a pedirlos que me alcancéis doble amor.

Jesús, no me atrevo a llevar más allá mi petición, pues temo verme oprimida bajo el peso de mis audaces deseos.

Lo que me disculpa es que soy una niña. Los niños no reflexionan sobre el alcance de sus palabras. Sin embargo, cuando sus padres ocupan un trono y poseen inmensas riquezas, no vacilan en satisfacer los deseos de sus pequeñuelos, a quienes aman como a sí mismos. Por complacerles hacen verdaderas locuras, se tornan débiles.

Pues bien: Yo soy la hija de la Iglesia. Y la Iglesia es reina, puesto que es tu Esposa, ¡oh, Divino Rey de los reyes!

No son las riquezas, no es la gloria — ni siquiera la del cielo — lo que anhela el corazón del niño. Comprende él que la gloria pertenece de derecho a sus hermanos, los Ángeles y los Santos. En cuanto a él, su gloria será el reflejo de la que brille en la frente de su Madre.

Lo que él pide es únicamente el amor. Sólo una cosa sabe: amarte, ¡oh, Jesús! Las obras deslumbrantes le están prohibidas; no puede predicar el Evangelio ni derramar su sangre... ¿Pero qué importa? Sus hermanos trabajan en su lugar; y él, pequeño niño, se mantiene cerquita del trono del Rey y de la Reina. Ama por sus hermanos que luchan.

Mi pequeña doctrina

18 Pero ¿cómo demostrará su amor, si el amor se prueba con obras? Pues bien; el niño arrojará flores, perfumará con su aroma el trono real, y cantará con su voz argentina el cántico del amor.

¡Oh, mi Bien amado! Ya lo sabéis; así se consumirá mi vida. No tengo otro medio de probaros mi amor que el de echar flores; es decir, no desperdiciar ningún sacrificio, ninguna mirada, ninguna palabra; aprovecharme de las pequeñas cosas, aun de las más insignificantes, haciéndolas por amor.

Quiero sufrir por amor, y gozar por amor. Así echaré flores delante del trono. No hallaré flor en mi camino que no deshoje para ti. Además, al echar mis flores, cantaré. ¿Podría, acaso, llorar ejecutando una acción tan

gozosa? Cantaré, aun cuando tenga que coger mis flores de en medio de las espinas. Y tanto más melodioso será mi canto, cuanto más largas y punzantes sean las espinas.

19 ¡Oh, Jesús! ¿De qué te servirán mis flores y mis cantos? ¡Ah! Estoy segura de que esa lluvia perfumada, esos pétalos frágiles y sin ningún valor, esos cantos de amor del más pequeño de los corazones te embelesarán.

Sí. Esas nadas te complacerán. Harán también sonreír a la Iglesia triunfante, la cual recogerá mis flores deshojadas por amor y las hará pasar por tus manos divinas, ¡oh, Jesús!

Y una vez que esas flores hayan cobrado a tu divino contacto un valor infinito, la Iglesia del cielo, queriendo jugar con su niño, las arrojará sobre la Iglesia purgante para apagar sus llamas, y sobre la Iglesia militante, para hacerle conseguir la victoria.

«Amo a la Iglesia, mi Madre»

20 ¡Oh, Jesús mío, te amo! Amo también a la Iglesia, mi Madre. Sé que “el más pequeño acto de puro amor le es más útil que todas las demás obras juntas” (18).

Pero ¿hay puro amor en mi corazón? ¿No serán un sueño, una locura mis inmensos deseos? ¡Ah! Si fuera así, házmelo ver. Tú sabes que busco la verdad. Si mis deseos son temerarios, quítamelos, pues son para mí el mayor de los martirios.

Sin embargo, creo que si después de haber aspirado a las más elevadas regiones del amor no llego a alcanzarlas nunca, por lo menos habré saboreado mayor placer en medio de mi martirio, de mi locura, del que gustaré en el seno mismo de las alegrías del cielo, a no ser que por un milagro me permitas seguir conservando allí el recuerdo de mis esperanzas de la tierra.

En tal caso, déjame gozar durante el destierro las delicias del amor. Déjame saborear las dulces amarguras de mi martirio.

¡Jesús! ¡Jesús! Si tan delicioso es el deseo del amor, ¿qué no será poseer, gozar el amor?

El pajarillo quisiera volar...

21 ¿Cómo un alma tan imperfecta como la mía puede aspirar a poseer la plenitud del amor?

¡Oh, Jesús, mi primero, mi único amigo! Tú, a quien yo únicamente amo, dime: ¿qué misterio es éste? ¿Por qué no reservas estas inmensas aspiraciones para las almas grandes, para las águilas que se ciernen en las alturas?

(17) Cfr. *IV Reyes*, II, 9.

(18) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*; comentario a la estrofa XXIX.

Yo me considero como un pajarillo débil cubierto sólo de un ligero plumón. No soy un águila; sólo tengo de ella los ojos y el corazón, porque a pesar de mi extrema pequeñez, me atrevo a mirar fijamente al Sol divino, al Sol del Amor, y mi corazón siente en sí todas las aspiraciones del águila.

El pajarillo quisiera volar hacia ese brillante Sol que fascina sus ojos; quisiera imitar a las águilas, sus hermanos, a las que ve elevarse hasta el Foco divino de la Trinidad Santa.

¡Ay! Lo más que puede hacer es alzar sus alitas; pero en cuanto a volar, esto no está en su débil poder.

22 ¿Qué será de él? ¿Morirá de pena viéndose tan impotente? ¡Oh, no! El pajarillo ni siquiera llega a afligirse. Con un abandono audaz quiere seguir mirando fijamente a su divino Sol. Nada sería capaz de asustarle ni el viento ni la lluvia. Y si oscuras nubes viene a ocultarle el Astro de Amor, el pajarillo no cambia de sitio; sabe que más allá de las nubes su Sol sigue brillando, que su resplandor no podría eclipsarse ni un solo momento.

A veces, es verdad, el corazón del pajarillo se ve asaltado por la tempestad; le parece creer que no existe otra cosa más que las nubes que le envuelven... Entonces llega la hora de la alegría perfecta para el pobrecito y débil ser. ¡Qué dicha para él permanecer allí, no obstante, y seguir mirando fijamente la luz invisible que se oculta a su fe!

23 Jesús, hasta aquí comprendo tu amor por el pajarillo, puesto que no se aleja de ti.

Pero yo lo sé, y tú también lo sabes; muchas veces la imperfecta criaturilla, aun permaneciendo en su sitio — es decir, bajo los rayos del Sol —, se deja distraer un poco de su única ocupación; toma un granito acá y allá, corre tras un gusanillo... Luego halla un charquito de agua y moja en él sus plumas apenas formadas. Ve una flor que le gusta, y en seguida su diminuto espíritu se entretiene con la flor. En fin, no pudiendo cerneerse como las águilas, el pobre pajarillo vuelve a ocuparse una y otra vez de las bagatelas de la tierra.

No obstante, después de todas sus travesuras, en lugar de ir a esconderse en un rincón para llorar su miseria y morir de arrepentimiento, el pajarillo se vuelve hacia su amado Sol, presenta a sus rayos bienhechores sus alitas mojadas, y "gime como la golondrina".

Y en su dulce canto confía, cuenta detalladamente sus infidelidades, pensando en su temerario abandono conquistar así más dominio, atraer más plenamente el amor de aquél "que no vino a llamar a los justos sino a los pecadores".

Si el Astro adorado permanece sordo a los gorjeos plañideros de su criaturilla, si permanece oculto... pues bien: la criaturilla permanece mojada, acepta seguir transida de frío, y aun se alegra de este sufrimiento, que ella, a pesar de todo, ha merecido.

La alegría de ser débil y pequeño

24 ¡Oh, Jesús! ¡Cómo se alegra tu pajarillo de ser débil y pequeño! ¿Qué sería de él si fuera grande? Nunca tendría la audacia de comparecer en tu presencia, de dormirar delante de ti.

Sí, ésta es también una debilidad del pajarillo... Cuando quiere mirar fijamente al divino Sol, y las nubes no le dejan ver ni un solo rayo, a pesar suyo sus ojitos se cierran, su cabecita se esconde debajo del ala, y la pobre criaturilla se duerme creyendo seguir mirando fijamente a su Astro querido.

Al despertarse, no se desconsuela, su corazoncito permanece en paz. Vuelve a comenzar su oficio de amor. Invoca a los Ángeles y a los Santos, que se elevan como águilas hacia el Foco devorador, objeto de su deseo. Y las águilas se conpadece de su hermanito; le protegen, le defienden y ponen en fuga a los buitres que quisieran devorarlo.

El pajarillo no teme a los buitres, imagen de los demonios. No está él destinado a ser su presa, sino la del Águila que él contempla en el centro del Sol del Amor.

25 ¡Oh, Verbo divino! Tú eres el Águila adorada que yo amo, la que me atrae. Eres tú quien, lanzándote a la tierra del destierro, quisiste sufrir y morir a fin de atraer a las almas hasta el centro del eterno Foco de la Trinidad bienaventurada.

Eres tú quien, remontándote hasta la Luz inaccesible que será para siempre tu morada, permaneces todavía en el valle de las lágrimas, escondido bajo la apariencia de una hostia blanca.

Águila eterna, quieres alimentarme a mí con tu divina substancia, a mí, pobrecito ser que volvería a la nada, si tu mirada no me diese la vida a cada instante.

¡Oh, Jesús! Déjame que te diga en un arranque de gratitud que tu amor raya en locura. ¿Cómo quieres que ante esta locura mi corazón no se lance hacia ti? ¿Cómo habría de tener límites mi confianza?...

Locura de amor

26 ¡Ah! Sé que por ti los santos hicieron también locuras, realizaron grandes cosas, porque eran águilas.

Jesús, yo soy demasiado pequeña para lograr grandes cosas, y mi locura consiste en esperar que tu amor me acepte como víctima. Mi locura consiste en suplicar a las águilas, mis hermanos, que me obtengan la gracia de poder volar hasta el Sol del Amor "con las propias alas del Águila divina" (19).

Por el tiempo que quieras, ¡oh Amado mío!, tu pajarillo permanecerá sin fuerzas y sin alas. Seguirá con los ojos fijos en ti. Quiere ser fascinado por tu mirada divina, quiere ser la presa de tu amor.

(19) Cfr. Deuteronomio, XXXII, 11.

Un día —yo lo espero— vendrás, Águila adorada, a buscar a tu pajarillo; y remontándote con él hacia el Foco del Amor le hundirás por toda la eternidad en el ardiente abismo de ese Amor, al cual se ofrece él mismo como víctima...

.....

La Legión de almas pequeñas

27 ¡Oh, Jesús! ¡Si pudiera yo revelar a todas las almas pequeñas cuán inefable es tu condescendencia! Estoy segura de que, si por un imposible, encontra-

ses a un alma más débil, más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de favores más grandes aún, con tal que ella se abandonara con entera confianza a tu misericordia infinita...

Pero, ¿por qué estos deseos de comunicar a los demás los secretos de tu amor, oh, Jesús? ¿No fuiste tú mismo quien me los enseñó? ¿No puedes, acaso, revelárselos a los otros?

Sí, estoy segura de ello, y te conjuro a que lo hagas. Te suplico que bajes tu mirada hacia un gran número de almas pequeñas. Te suplico que escojas una legión de pequeñas víctimas dignas de tu amor.

La pequeñísima Sor Teresa del Niño Jesús de la Sta. Faz, Rel. Carm. Ind.



“SI NO ME COMPRENDEIS ES QUE SOIS UN ALMA DEMASIADO GRANDE”

Mi querida hermana:

No hallo dificultad alguna en contestaros... ¿Cómo podéis preguntarme si os es posible amar a Dios como yo le amo?... Si hubieseis comprendido la historia de mi pajarillo (1), no me haríais esta pregunta. Mis deseos de martirio no son nada; no son ellos los que me dan la confianza ilimitada que siento en mi corazón. A decir verdad, son las riquezas espirituales las que “hacen a uno injusto” (2) cuando se descansa en ellas con complacencia y cuando se cree que son algo grande.

Estos deseos son un consuelo que Jesús concede a veces a las almas débiles como la mía (y estas almas son una gracia de privilegio. Recordad estas palabras del Padre (3): “Los mártires sufrieron con alegría y el Rey de los mártires sufrió con tristeza”).

Sí, Jesús dijo: “Padre mío, aparta de mí este cáliz!” (4). Hermana querida; ¿cómo podéis decir, después de esto, que mis deseos son la señal de mi amor? ¡Ah! Sé que no es esto absolutamente lo que agrada a Dios en mi pequeña alma. Lo que le agrada es verme amar mi pequeñez y mi pobreza, la esperanza ciega que tengo en su misericordia... He aquí mi único tesoro, madrina querida: ¿por qué ese tesoro no habría de ser también el vuestro?...

¿No estáis dispuesta a sufrir todo lo que Dios quiera? Sé muy bien que sí. Entonces, si deseáis sentir alegría, sentir atractivo por el sufrimiento es vuestro consuelo lo que buscáis, puesto que cuando se ama una cosa desaparece la pena. Os aseguro que si fuésemos juntas al martirio con las disposiciones en que estamos, tendríais un gran mérito y yo no tendría ninguno, a menos que no le pluguiese a Jesús cambiar mis disposiciones.

Sólo la confianza debe conducirnos al amor

¡Oh, mi querida hermana! Os lo ruego, comprended a vuestra hijita; comprended que para amar a Jesús, pa-

ra ser su víctima de amor, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes (5), tanto más cerca se está de las operaciones de este amor consumidor y transformante. El solo deseo de ser víctima basta; pero es necesario consentir en permanecer siempre pobre y sin fuerza, y he ahí lo difícil, porque “¿dónde encontrar al verdadero pobre de espíritu? Hay que buscarle muy lejos”, ha dicho el salmista (6). No dice que hay que buscarle entre las grandes almas, sino “muy lejos”, es decir, en la bajeza, en la nada. ¡Ah, permanezcamos, pues, muy lejos de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez, amemos el no sentir nada; entonces seremos pobres de espíritu y Jesús irá a buscarnos, por lejos que estemos, y nos transformará en llamas de amor... ¡Oh, cómo quisiera haceros entender lo que siento!... La confianza, y nada más que la confianza, es la que debe conducirnos al amor...

Puesto que vemos el camino, corramos juntas. Sí, lo presiento: Jesús quiere concedernos las mismas gracias. Quiere darnos gratuitamente su cielo. ¡Oh, mi querida hermanita! Si no me comprendéis, es que sois un alma demasiado grande..., o, más bien, que me explico mal: porque estoy segura de que Dios no os daría el deseo de estar poseída de él, de su Amor misericordioso, si no os reservase ese favor. O mejor, él os lo ha concedido ya, puesto que estáis entregada a él, y puesto que Dios no da nunca deseos que no pueda realizar...

(5) Para entender bien estas palabras hay que advertir que la Santa las dirige a una carmelita fervorosa que tendía a la perfección. La expresión “sin deseos” no debe ser tomada al pie de la letra, puesto que más abajo se dice que “el solo deseo de ser víctima basta”, lo cual supone que no se está “sin virtudes”, sino animado ya de una gran caridad teológica. “Dios nos libre de aislar este texto y entregarlo a un comentador mal intencionado, que lo deformaría — ha dicho el R. P. LUCIANO MARÍA DE SAN JOSÉ en su relación sobre la *Pobreza espiritual de santa Teresa del Niño Jesús (Jornadas de estudios teresianos en París, julio de 1947)* —. En efecto, esta audaz afirmación de la Santa se conforma con los textos más severos de la *Subida del Monte Carmelo* sobre las virtudes humanas, muy bellas en apariencia, pero farisaicas, cuya inutilidad proclama san Juan de la Cruz (lib. III, cap. XXVII). En cierto modo, la Santa estaba sin “deseos ni virtudes”. No se apoyaba en manera alguna sobre las que Dios había puesto gratuitamente en sus manos: “Era una verdadera pobre”.

(6) La Santa se equivocaba. Es un pasaje de la *Imitación de Cristo*, lib. II, cap. XI, 3, citando los *Proverbios*, XXXI, 10.

(1) Alusión al pasaje publicado anteriormente.

(2) San LUCAS, XVI, 11.

(3) El R. P. Pichon, S. I., durante un retiro dado a las carmelitas de Lisieux en octubre de 1887.

(4) San MATEO, XXVI, 39; San MARCOS, XIV, 36; San LUCAS, XXII, 42.

LA INFANCIA ESPIRITUAL SECRETO DE LA SANTIDAD

Del prefacio de la "Historia de un alma"

"El Señor obrará por mi medio maravillas que sobrepasarán infinitamente mis inmensos deseos", había predicho Santa Teresa del Niño Jesús.

Penetrando ya entonces el futuro, ella cantaba el *Magnificat* de su acción de gracias, y podía subrayar, como la Santísima Virgen, el secreto de su maravillosa predestinación: "Porque era pequeña, fue del agrado del Altísimo".

Pequeña lo había sido en el sentido místico de la palabra, no teniendo otra ambición que la del empequeñecimiento meritorio, alabado tantas veces en el Evangelio por el mismo Hijo de Dios.

"A nuestra época de rebeldía, Dios le ha dado esta Santa de la sumisión; a nuestra época de dureza, esta Santa de la ternura; a nuestra época de orgullo, esta Santa de la humildad" (20).

¿Será necesario probar que esta doctrina no es nueva, que no es una concepción pueril de la piedad cristiana, sino que, por el contrario, se apoya en la palabra irrefutable del Salvador, y en la línea de conducta por él trazada? En verdad, la vida íntima y bendita de la Sagrada Familia en Nazaret no ofrece a nuestras meditaciones otro sentido. Precisamente, la Madre de Dios merece sobradamente toda nuestra enternecida admiración por su fidelidad sencilla y perseverante en el cumplimiento de sus deberes cotidianos, por su vida de sumisión y de humildad, por la santificación de sus más pequeñas acciones mediante el amor y la fe.

En esta divina escuela resolvió formar su corazón la hija privilegiada de la Virgen María. Tomar por móvil el amor, la humildad por base, tender a la perfección a través de los actos de la vida ordinaria, someterse en todo a los deseos de su Padre celestial; ése fue el único programa que ella realizó calladamente en su vida.

Ahora bien: ¿no encierra, acaso, este programa la más segura concepción de la santidad?

Tratando cierto día un sacerdote de persuadir al Santo Padre Pío X de que nada de extraordinario había en la vida de Santa Teresa del Niño Jesús, recibió la siguiente respuesta: "¡Ah! lo más extraordinario en esta alma es precisamente su *extremada simplicidad*... Consultad vuestra teología".

"Mi única ambición — había dicho ya el glorioso Pon-

tífice Pío IX — es llegar a ser un niño en los brazos de Dios".

Repitiendo el pensamiento de sus predecesores, el Papa Benedicto XV no vaciló en proclamar solemnemente que "en la infancia espiritual está el secreto de la santidad".

Finalmente, el gran Pontífice Pío XI no dudó en afirmar que Santa Teresa del Niño Jesús se ha convertido para nosotros en una palabra de Dios, revelándonos en qué consiste la perfección, a la cual todos son llamados. "Agradar a Dios, amar a Dios, agradar y amar a Dios cumpliendo su santa voluntad. Ésta es la lección más hermosa que nos da *Teresita*."

"Ella nos dice que todos pueden presentarse así delante de Dios ricos de paz interior, practicando la santa sumisión a su adorable voluntad. Este abandono amoroso es precisamente el del niño en los brazos de su Padre" (21).

Son tantos los hechizos que el Señor ha tenido a bien poner en su Elegida, encargada de recordarnos estas profundas lecciones, que se ha podido decir: "La atracción que ella ejerce es tan poderosa, que recuerda la de Jesús en Galilea". Y también: "Ella es la manifestación más dulce del amor de Dios, y la más próxima a nosotros. Es como la encarnación de este amor divino en lo que tiene de más persuasivo, de más atrayente y de más delicioso".

Un religioso Pasionista, mucho tiempo Superior, venerable por su avanzada edad y por sus virtudes, y muerto luego en olor de santidad, escribía ya en el año 1898:

"Estoy íntimamente convencido de que esta estrellita se irá haciendo cada vez más radiante en la Iglesia de Dios. Ahora no es más que la estrella matutina en medio de una pequeña nube: *stella matutina in medio nebulae*. Pero un día, llenará de luz la casa del Señor: *implebit domum Domini*".

Conmovedora profecía que había de ratificar solemnemente el Vicario de Jesucristo, el gran Papa Pío XI, complaciéndose en llamar a Teresa: "la amada *Estrella de Lisieux*", y colocando bajo sus rayos, no solamente su propia Persona, sino a toda la Iglesia" (22).

(20) *Bulletin des Professeurs catholiques de l'Université*, abril, 1913.

(21) *Discurso* de Pío XI, 30 de abril de 1923.

(22) *Discurso* de Pío XI, 11 de febrero de 1923.

“LOS DOCTORES DE LA LEY SE HAN HECHO NIÑOS EN SU ESCUELA”

Del discurso del Cardenal Pacelli en la inauguración de la Basílica de Lisieux

«He aquí uno de los aspectos más maravillosos, que tan atrayente nos hacen esta fisonomía: la joven carmelita enseña a nuestro siglo, tan orgulloso de su ciencia; y lo hace desde la soledad de su convento. Ella tiene una misión encomendada; ella tiene una doctrina. Pero su doctrina, como toda su persona, es humilde y sencilla: cabe en estas dos palabras: *Infancia Espiritual*. O en esta otra equivalente: *Caminito*.

»Por lo demás, ¿no está ahí desde hace veinte siglos el Evangelio para enseñarnos que *el reino de los cielos pertenece a los niños y a aquéllos que se les asemejan*? El Maestro lo dijo. Doctores y Santos han comentado sus palabras. Pero para hacerles todavía el comentario más claro y decisivo, y ponerlo al alcance de nuestra vista, he aquí la aplicación literal e íntegra de este principio a la orientación de toda una vida, que se eleva en pocos años por este *Caminito* a la más grande y más alta perfección.

»Por eso, sobre todo, ilumina y subyuga Teresa a tantas almas. *Fascina al mundo* —ha dicho Pío XI— *con la magia de su ejemplo*. Porque adquiriendo la ciencia de las cosas divinas, comprendió lo que Bossuet llama la «desgracia de toda ciencia que no tiene a amar». Su ciencia de Dios se orientó a amarle, a amarle con locura.

«MI MISIÓN ES ENSEÑAR MI CAMINITO A LAS ALMAS»

»...Su amor, además, no terminó en modo alguno con su vida mortal; tampoco debían terminar su mensaje y su misión. *Sé* —decía poco antes de morir— *que mi misión va a empezar*. La palabra humana es incapaz de describir la amplitud de esta misión y sus resultados.

»El genio deslumbrador de Agustín, la sabiduría luminosa de Tomás de Aquino, han proyectado sobre las almas una imperecedera claridad; por ellos, Cristo y su doctrina son mejor conocidos. El poema divino vivido por Francisco de Asís ha mostrado al mundo una imitación, hasta ahora inigualada, de la vida de Dios hecho hombre; por él legiones de hombres y mujeres han aprendido a amarle más perfectamente. Mas una joven carmelita, apenas llegada a la edad adulta, ha conquistado en menos de medio siglo innumerables legiones de discípulos. Los doctores de la ley se han hecho niños en su escuela; el Pastor supremo la ha exaltado, y la invoca con humilde y asidua plegaria; y en

este mismo momento, de un extremo al otro del mundo, hay millones de almas cuya vida interior ha recibido la influencia bienhechora de ese librito titulado: *Historia de un alma*.

»Con razón, pues, decía nuestra querida Santa: «*Sé que mi misión va a empezar. Mi misión es enseñar mi caminito a las almas*».

»...De qué manera ha escuchado Dios sus deseos desde hace cuarenta años, de qué manera los sigue escuchando hoy, lo pregona por todo el mundo la historia de su supervivencia. La epopeya de sus conquistas apostólicas, cantada por todas las naciones, resuena del uno al otro polo. La misma santa Iglesia ha modulado el tema y ha marcado el ritmo, abreviando todos los plazos canónicos para elevar a Teresa al honor de los altares, y proclamándola —a ella, joven contemplativa muerta a los veinticuatro años— Patrona universal de las Misiones.

«ERES GRANDE, ¡OH, ALMA PEQUEÑA!»

»¡Ah! Eres grande, ¡oh, Santita!, e innumerable tu familia espiritual. Eres grande, ¡oh, alma pequeña! Pequeño tabernáculo de Dios vivo entre nosotros, te has convertido en el refugio de toda la humanidad suplicante, que sufre y lucha, la cual todos los días recurre a ti.

»En estos himnos que suben hasta ti, me parece oír un eco del que cantaba Isaías a la gloria de la nueva Sión: *Lanza gritos de júbilo... Estalla en transportes de alegría... Ensancha el espacio y despliega con más amplitud las pieles de tu tienda. No le ahorres sitio; alérgale las cuerdas, afiánzale las estacas. Porque te extenderás a la derecha y a la izquierda; y tu posteridad tomará posesión de las naciones y poblará las ciudades desiertas*.

»Cada día, en efecto, acoges, ¡oh, Teresa!, legiones de niños que te consagran su inocencia, de vírgenes que te siguen al claustro, de enfermos a quienes concedes la salud del cuerpo o el admirable heroísmo de tu conformidad a la voluntad del Amor misericordioso. Tú sostienes a los misioneros en las fatigas y decepciones de su lejano apostolado; tu imagen les ha llevado tu sonrisa hasta la frialdad de sus isbas y la humedad de sus chozas de paja, hasta la inmensidad de las arenas y de los océanos, hasta las nubes y alturas del firmamento.

»Pequeño templo de Dios: eres el templo inmenso de una humanidad que tú has conquistado.»



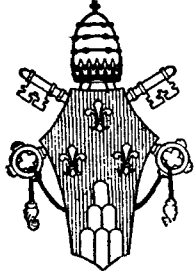
AL SAGRAT COR *

Al sepulcre sant, Santa Magdalena
 cercant son Jesús s'inclinava en plor;
 els Angels volien endolcir sa pena
 mes res no podia calmar son dolor.
 Vostre dolç esclat llumínics Arcàngels,
 no era el seu cor per a contentar;
 volia ella sols el Senyor dels Angels,
 pendre'l d'un abraç i lluny l'emportar.
 Al sepulcre sant entrant la darrera,
 Maria era allà d'abans de l'albor.
 Son Déu hi vingué sense clarendera,
 ella no el pogué vèncer en amor.
 Mostrant-li llavors sa Faç dolça i pia,
 el Vingut parlà dient un sol mot;
 murmurant el nom tan dolç de "Maria"
 Jesús li tornà sa pau i son tot.

.....

Un jorn, oh mon Déu, com la Magdalena
 per veure't de prop a Tu m'acostí;
 pels plans dilatats amb l'ànima plena
 d'amor, et cercava, oh Mestre diví!
 I exclamava jo, veient l'ona pura,
 l'atzur estelat, l'ocell i la flor:
 "Si no veig mon Déu, oh brillant natura,
 no seràs per mi més que vall de plors.
 Em cal un gran cor brollant de tendresa
 — m'hi vull reclinar sense fer retorn —
 que sàpia estimar àdhuc ma feblesa,
 que no em deixi mai, ni la nit ni el jorn.
 Jo no puc trobar una criatura
 que estimi a tot temps, sense mai morir;
 em cal tot un Déu, prenent ma natura,
 que em sigui germà, que pugui sofrir."
 Sentires mon clam, Espòs amadíssim,
 i, fent-te mortal per mon cor robar,
 vessares ta Sang, misteri augustíssim,
 i encar vius per mi sobre de l'altar.
 Si veure no puc la llum de ta cara
 ni sentir ta veu més dolça que un plor,
 puc viure, o mon Déu, de ta gràcia clara,
 viure i reposar en ton Sagrat Cor.
 O Cor de Jesús, abim de tendresa,
 ets mon únic bé i en Tu sol esper;
 beneït amor de ma juvenesa,
 resta sempre amb mi fins al jorn darrer.
 Senyor, sols a Tu he donat ma vida,
 mos desitjos tots en ton Cor els dus;
 i és en ta bondat per sempre infinida
 que disoldre'm vull, o Cor de Jesús!
 Sé que les humanes justícies són pobres,
 que davant tos ulls no tenen valor;
 i per donar preu a totes mes obres
 llançar-les em plau a dins el teu Cor.
 Sens taca no veus ni a l'Àngel, ton patge;
 donar entre llamps ta Llei has volgut.
 En ton Cor sagrat, Jesús, prenc estatge
 i ja no tremolo, que ets Tu ma virtut.
 Per veure ta glòria eternal un dia,
 cal passar pel foc més llarg o més breu.
 I jo en purgatori per a mi escollia
 ton ardent amor, o Cor de mon Déu.
 L'ànima en exili, en finir ma vida,
 un acte d'amor voldria exhalar,
 i volant al cel, sa pàtria florida,
 entrar dins ton Cor sense més tardar.

* Por su belleza y perfección literaria publicamos esta traducción al catalán de la poesía de Santa Teresita del Niño Jesús "Au Sacre-Coeur".



CARTA APOSTOLICA

“OCTOGESIMA ADVIENS”

En el 80 aniversario de la Encíclica
“RERUM NOVARUM”

Señor cardenal:

1. El 80 aniversario de la publicación de la encíclica *Rerum Novarum*, cuyo mensaje sigue inspirando la acción en favor de la justicia social, nos anima a continuar y ampliar las enseñanzas de nuestros predecesores, para dar respuesta a las necesidades nuevas de un mundo en cambio. La Iglesia, en efecto, camina unida a la humanidad y se solidariza con su suerte en el seno de la historia. Anunciando la Buena Nueva del amor de Dios y de la salvación en Cristo a los hombres, ella los ilumina en sus actividades a la luz del Evangelio y los ayuda de ese modo a corresponder al designio de amor de Dios y a realizar la plenitud de sus aspiraciones.

Llamamiento universal a una mayor justicia

2. Nos, vemos con confianza el espíritu del Señor continuando su obra en el corazón de los hombres y congregando por todas partes comunidades cristianas conscientes de su responsabilidad en la sociedad. En todos los continentes, entre todas las razas, naciones, culturas, en todas las condiciones, el Señor sigue suscitando auténticos apóstoles del Evangelio.

Nos, hemos tenido la dicha de encontrarlos, admirarlos y alentarlos durante nuestros recientes viajes. Nos hemos acercado a las muchedumbres y escuchado sus llamamientos, gritos de preocupación y de esperanza a la vez. En estas circunstancias, hemos podido ver con un nuevo relieve los graves problemas de nuestro tiempo, particulares, ciertamente, en cada región, pero de todas maneras comunes a una humanidad que se pregunta sobre su futuro, sobre la orientación y el significado de los cambios en curso. Siguen existiendo diferencias flagrantes en el desarrollo económico, cultural y político de las naciones: al lado de regiones altamente industrializadas, hay otras que están todavía en estadio agrario; al lado de países que conocen el bienestar, otros luchan contra el hambre; al lado de pueblos de alto nivel cultural, otros siguen esforzándose por eliminar el analfabetismo. Por todas partes se aspira a una justicia mayor, se desea una paz mejor asegurada, en un ambiente de respeto mutuo entre los hombres y entre los pueblos.

La diversidad de situaciones de los cristianos en el mundo

3. Ciertamente, son muy diversas las situaciones en las cuales, de buena gana o por fuerza, se encuentran

comprometidos los cristianos, según las regiones, los sistemas sociopolíticos, las culturas. En unos sitios se hallan reducidos al silencio, considerados como sospechosos, y tenidos, por decirlo así, al margen de la sociedad, encuadrados, sin libertad, en un sistema totalitario. En otros son una débil minoría, cuya voz difícilmente se hace sentir. Incluso en naciones donde a la Iglesia se le reconoce su puesto, a veces de manera oficial, ella misma se ve sometida a los embates de la crisis que estremece la sociedad, y algunos de sus miembros son tentados por soluciones radicales y violentas de las que ellos creen poder esperar resultados más felices. Mientras que unos, inconscientes de las injusticias presentes, se esfuerzan por mantener la situación existente, otros se dejan seducir por ideologías revolucionarias, que les prometen, no sin ilusión, un mundo definitivamente mejor.

4. Frente a situaciones tan diversas, nos es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución con valor universal. No es ésta nuestra ambición, ni tampoco nuestra misión. Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, según las enseñanzas sociales de la Iglesia tal como han sido elaboradas a lo largo de la historia y especialmente en esta era industrial, después de la fecha histórica del mensaje de León XIII sobre “la condición de los obreros”, del cual Nos tenemos el honor y el gozo de celebrar hoy el aniversario.

A estas comunidades cristianas toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los obispos responsables, en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que aparezcan necesarias con urgencia en cada caso. En esta búsqueda de cambios a promover, los cristianos deberán en primer lugar, renovar su confianza en la fuerza y la originalidad de las exigencias evangélicas. El Evangelio no ha quedado superado por el hecho de haber sido anunciado, escrito y vivido, en un contexto sociocultural diferente. Su inspiración, enriquecida por la experiencia viviente de la tradición cristiana a lo largo de los siglos, permanece siempre nueva en orden a la conversión de los hombres y al progreso de la vida en sociedad, sin que por ello se le vaya a utilizar en prove-

cho de opciones temporales particulares olvidando su mensaje universal y eterno! (1).

El mensaje específico de la Iglesia

5. En medio de las perturbaciones y las incertidumbres de la hora presente, la Iglesia tiene un mensaje específico que proclamar, tiene que dar un apoyo a los hombres en sus esfuerzos por tomar en sus manos y orientar su futuro.

Desde la época en que la *Rerum Novarum* denunciaba clara y categóricamente el escándalo de la condición de los obreros dentro de la naciente sociedad industrial, la evolución histórica ha hecho tomar conciencia, como lo testimoniaban ya la *Quadragesimo Anno* (2) y la *Mater et Magistra* (3), de otras dimensiones y de otras aplicaciones de la justicia social. El reciente Concilio ha tratado, por su parte, de ponerlas de manifiesto, particularmente en la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*. Nos mismo hemos continuado ya estas orientaciones con nuestra encíclica *Populorum Progressio*: "Hoy el hecho de mayor importancia, decíamos, del que cada uno debe tomar conciencia, es que la cuestión social ha adquirido proporciones mundiales" (4). "Una renovada toma de conciencia de las exigencias del mensaje evangélico impone a la Iglesia el deber de ponerse al servicio de los hombres para ayudarlos a comprender todas las dimensiones de este grave problema y para convencerlos de la urgencia de una acción solidaria en este viraje de la historia de la humanidad" (5).

6. Corresponderá, por otra parte, al próximo Sínodo de los Obispos estudiar más de cerca y profundizar la misión de la Iglesia ante los graves problemas que plantea hoy la justicia en el mundo. El aniversario de la *Rerum Novarum* nos ofrece hoy la ocasión, señor cardenal, de confiar nuestras inquietudes y nuestro pensamiento ante este problema a usted, en su calidad de presidente de la Comisión "Justicia y Paz" y del Consejo para los Seglares. Queremos así alentar a estos organismos de la Santa Sede en su acción eclesial al servicio de los hombres.

Amplitud de los cambios actuales

7. Al hacerlo, queremos, sin olvidar por ello los constantes problemas ya abordados por nuestros predecesores, atraer la atención sobre algunas cuestiones que, por su urgencia, su amplitud, su complejidad, deben estar en el centro de las preocupaciones de los cristianos en los años venideros con el fin de que, en unión con los demás hombres, se esfuercen ellos en resolver las nuevas dificultades que ponen en juego el futuro mismo del hombre. Es necesario situar los problemas sociales planteados por la economía moderna — condiciones humanas de producción, equidad en los cambios de bienes y en la

distribución de las riquezas, significado de las crecientes necesidades de consumo, participación en las responsabilidades — dentro de un contexto más amplio de civilización nueva. En los cambios actuales tan profundos y tan rápidos, todavía el hombre se descubre nuevo y se pregunta por el sentido de su propio ser y de su supervivencia colectiva. Vacilando en aceptar las lecciones de un pasado que considera superado y demasiado diferente, tiene, sin embargo, necesidad de esclarecer su futuro — futuro que él percibe tan incierto como inestable — por medio de verdades permanentes, pero cuyas huellas puede él, si quiere realmente, encontrar por sí mismo (6).

NUEVOS PROBLEMAS SOCIALES

La urbanización

8. Un fenómeno mayor atrae nuestra atención, tanto en los países industrializados como en las naciones en vías de desarrollo: la urbanización.

Después de largos siglos la civilización agraria se está debilitando. Por otra parte, ¿se presta suficiente atención al acondicionamiento y mejora de la vida de la gente rural, cuya condición económica inferior y hasta miserable a veces provoca el éxodo hacia los tristes amontonamientos de los suburbios donde no les espera empleo ni alojamiento?

Este éxodo rural permanente, el crecimiento industrial, el aumento demográfico continuo, el atractivo de los centros urbanos conducen a concentraciones de población cuya amplitud apenas se puede imaginar, puesto que ya se habla de megápolis que agrupan varias decenas de millones de habitantes. Ciertamente, existen ciudades cuya dimensión asegura un mejor equilibrio a aquellos a quienes el progreso de la agricultura habría dejado disponibles, permiten un acondicionamiento del ambiente humano capaz de evitar la proliferación del proletariado y el amontonamiento de las grandes aglomeraciones.

9. El crecimiento desmedido de estas ciudades acompaña la expansión industrial sin confundirse con ella.

Basada en la búsqueda tecnológica y en la transformación de la naturaleza, la industrialización prosigue siempre su camino, dando prueba de una incesante creatividad. Mientras unas empresas se desarrollan y se concentran, otras mueren o se trasladan, creando nuevos problemas sociales: paro profesional o regional, cambios de empleo y movilidad de personas, adaptación permanente de los trabajadores, disparidad de condiciones en los diversos ramos industriales. Una competencia desmedida, utilizando los medios modernos de la publicidad, lanza continuamente nuevos productos y trata de atraer al consumidor, en tanto las viejas instalaciones industriales todavía en funcionamiento van haciéndose inútiles. Mientras amplísimos estratos de población no pueden satisfacer sus necesidades primarias, se intenta crear necesidades de lo superfluo. Se puede uno pregun-

(1) Cfr. "Gaudium et Spes", 10: "A. A. S.", 58 (1966), p. 1033.

(2) "A. A. S.", 23 (1931), p. 209 ss.

(3) "A. A. S.", 53 (1961), p. 249.

(4) 3: "A. A. S.", 59 (1967), p. 258.

(5) "Populorum Progressio", 1: "A. A. S.", 59 (1967), p. 257.

(6) Cfr. "2 Cor.", 4, 17.

tar entonces con todo derecho si, a pesar de todas sus conquistas, el hombre no está volviendo contra sí mismo los frutos de su actividad. Después de haberse asegurado un dominio necesario sobre la naturaleza (7), ¿no se está convirtiendo ahora en esclavo de los objetos que fabrica?

Los cristianos en la ciudad

10. El surgir de una civilización urbana que acompaña el incremento de la civilización industrial, ¿no es, en efecto, un verdadero desafío lanzado a la sabiduría del hombre, a su capacidad de organización, a su imaginación prospectiva? En el seno de la sociedad industrial, la urbanización trastorna los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia: la familia, la vecindad, el marco mismo de la comunidad cristiana. El hombre prueba una nueva soledad no ya de cara a una naturaleza hostil que le ha costado siglos dominar, sino en medio de una muchedumbre anónima que le rodea y donde él se siente como extraño. Etapa sin duda irreversible en el desarrollo de las sociedades humanas, la urbanización plantea al hombre difíciles problemas: ¿cómo dominar su crecimiento, regular su organización, lograr su animación por el bien de todos?

En este crecimiento desordenado, nacen nuevos proletariados. Se instalan en el centro de las ciudades, que los ricos a veces abandonan; acampan en los suburbios, cinturón de miseria que llega a asediar, mediante una protesta silenciosa aún, el lujo demasiado estridente de las ciudades del consumo y del despilfarro. En lugar de favorecer el encuentro fraternal y la ayuda mutua, la ciudad desarrolla las discriminaciones y también las indiferencias; se presta a nuevas formas de explotación y de dominio, de las que algunos, especulando sobre las necesidades de los demás, sacan provechos inadmisibles. Detrás de las fachadas se esconden muchas miserias, ignoradas aun por los vecinos más cercanos; otras aparecen allí donde la dignidad del hombre zozobra: delincuencia, criminalidad, droga, erotismo.

11. Son, en efecto, los más débiles las víctimas de las condiciones de vida inhumana, degradantes para las conciencias y dañosas para la institución familiar: la promiscuidad de los alojamientos populares hace imposible un mínimo de intimidad; los jóvenes hogares, en la vana espera de un alojamiento decente y a un precio accesible, se deslizan y hasta su misma unidad puede quedar comprometida; los jóvenes abandonan un hogar demasiado reducido y buscan en la calle compensaciones y compañías incontrolables. Es un deber grave de los responsables tratar de dominar y orientar este proceso.

Urge reconstruir a escala de calle, de barrio o de gran conglomerado, el tejido social en que el hombre pueda desarrollar las necesidades de su personalidad. Hay que crear o fomentar centros de interés y de cultura a nivel de comunidades y de parroquias, en sus diversas formas

de asociación, círculos recreativos, lugares de reunión, encuentros espirituales, comunitarios donde, escapando al aislamiento de las multitudes modernas, cada uno podrá crearse nuevamente relaciones fraternales.

12. Construir la ciudad, lugar de existencia de los hombres y de sus extensas comunidades, crear nuevos modos de proximidad y de relaciones, percibir una aplicación original de la justicia social, hacer frente a este futuro colectivo que se anuncia difícil, es una tarea en la cual deben participar los cristianos. A estos hombres amontonados en una promiscuidad urbana que se hace intolerable, hay que darles un mensaje de esperanza por medio de una fraternidad vivida y de una justicia concreta. Los cristianos, conscientes de esta responsabilidad nueva, no pierdan el ánimo en la inmensidad amorfa de la ciudad, sino que se acuerden de Jonás, que por mucho tiempo recorre Nínive, la gran ciudad, para anunciar en ella la Buena Nueva de la misericordia divina, sostenido en su debilidad por la sola fuerza de la palabra de Dios Todopoderoso. En la Biblia, la ciudad es frecuentemente, en efecto, el lugar del pecado y del orgullo, orgullo de un hombre que se siente suficientemente seguro para construir su vida sin Dios y también para afirmar su poder contra él. Pero existe también Jerusalén, la ciudad santa, el lugar de encuentro con Dios, la promesa de la ciudad que viene de lo Alto (8).

Los jóvenes

13. Vida urbana y cambio industrial ponen al descubierto por otra parte problemas hasta ahora poco conocidos. ¿Qué puesto corresponderá, por ejemplo, a los jóvenes en este mundo en gestación? Por todas partes se presenta difícil el diálogo entre una juventud portadora de aspiraciones, de renovación y también de inseguridad ante el futuro, y las generaciones adultas. ¿Quién no ve que hay una fuente de graves conflictos, de rupturas y de abandonos, incluso en el seno de la familia y una cuestión planteada sobre las formas de autoridad, la educación de la libertad, la transmisión de los valores y de las creencias, que toca a las raíces más profundas de la sociedad?

El puesto de la mujer

Asimismo, en muchos países, un estatuto sobre la mujer, que haga cesar una discriminación efectiva y establezca relaciones de igualdad de derechos y de respeto a su dignidad, es objeto de investigaciones y a veces de vivas reivindicaciones. Nos, no hablamos de esa falsa igualdad que negaría las distinciones establecidas por el mismo Creador y que estaría en contradicción con la función específica, tan capital, de la mujer en el corazón del hogar y en el seno de la sociedad. La evolución de las legislaciones debe, por el contrario, orientarse en el sentido de proteger su vocación propia, al mismo tiem-

(7) Cfr. "Populorum Progressio", 25: "A. A. S.", 59 (1967), pp. 269-270.

(8) Cfr. "Apoc.", 3, 12; 21, 2.

po que a reconocer su independencia en cuanto persona y la igualdad de sus derechos a participar en la vida económica, social, cultural y política.

Los trabajadores

14. La Iglesia lo ha vuelto a afirmar solemnemente en el último Concilio: "La persona humana es y debe ser el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones" (9). Todo hombre tiene derecho al trabajo, a la posibilidad de desarrollar sus cualidades y su personalidad en el ejercicio de su profesión, a una remuneración equitativa que permita a él y a su familia "llevar una vida digna en el plano material, cultural y espiritual" (10), a la asistencia en caso de necesidad por razón de enfermedad o de edad.

Si para la defensa de estos derechos las sociedades democráticas aceptan el principio de la organización sindical, sin embargo, no se hallan siempre abiertas a su ejercicio. Se debe admitir la función importante de los Sindicatos: tienen por objeto la representación de las diversas categorías de trabajadores, su legítima colaboración al progreso económico de la sociedad, el desarrollo del sentido de sus responsabilidades para la realización del bien común. Su acción no está, con todo, exenta de dificultades: puede venir, aquí o allá, la tentación de aprovechar una posición de fuerza para imponer, sobre todo por la huelga — cuyo derecho, como medio último de defensa, queda, ciertamente, reconocido —, condiciones demasiado gravosas para el conjunto de la economía o del cuerpo social, o para tratar de obtener reivindicaciones de orden directamente político. Cuando se trata en particular de los servicios públicos, necesarios a la vida diaria de toda una comunidad, se deberá saber medir los límites, más allá de los cuales los perjuicios causados se hacen inadmisibles.

Las víctimas de los cambios

15. En resumen, se han hecho ya progresos para introducir en el seno de las relaciones humanas más justicia y participación en las responsabilidades. Pero en este inmenso campo todavía queda mucho por hacer. Es necesario también proseguir activamente la reflexión, la búsqueda y la experimentación, so pena de quedar retrasados con relación a las legítimas aspiraciones de los trabajadores, aspiraciones que se van afirmando a medida que se desarrollan su formación, la conciencia de su dignidad, el vigor de sus organizaciones.

El egoísmo y la dominación son tentaciones permanentes en los hombres. Se hace también necesario un discernimiento, cada vez más afinado, para poder comprender en su raíz las nacientes situaciones de injusticia e instaurar progresivamente una justicia siempre menos imperfecta. En el cambio industrial, que reclama una rápida y constante adaptación, los que se van a ver más dañados serán más numerosos y menos favorecidos para

hacer oír su voz. La atención de la Iglesia se dirige hacia estos nuevos "pobres" — los minusválidos, los inadaptados, ancianos, marginados de diverso origen —, para conocerlos, ayudarlos, defender su puesto y su dignidad en una sociedad endurecida por la competencia y el atractivo del éxito.

Las discriminaciones

16. Entre el número de las víctimas de situaciones de injusticia — aunque el fenómeno no sea desafortunadamente nuevo — hay que contar a aquellos que son objeto de *discriminaciones*, de derecho o de hecho, por razón de su raza, su origen, su color, su cultura, su sexo o su religión.

La discriminación racial reviste en este momento un carácter de mayor actualidad por las tensiones que crea, tanto en el interior de algunos países como en el plano internacional. Con razón, los hombres consideran injustificable y rechazan como inadmisibles la tendencia a mantener o introducir una legislación o prácticas inspiradas sistemáticamente por prejuicios racistas: los miembros de la humanidad participan de la misma naturaleza y, por consiguiente, de la misma dignidad, con los mismos derechos y los mismos deberes fundamentales, así como del mismo destino sobrenatural. En el seno de una patria común todos deben ser iguales ante la ley, tener iguales posibilidades en la vida económica, cultural, cívica o social y beneficiarse de una equitativa distribución de la riqueza nacional.

Derecho a la emigración

17. Nos pensamos también en la precaria situación de un gran número de trabajadores emigrados, cuya condición de extranjeros hace tanto más difícil, por su parte, toda reivindicación social, no obstante su real participación en el esfuerzo económico del país que los recibe. Es urgente que se sepa superar con relación a ellos una actitud estrictamente nacionalista, con el fin de crear en su favor un estatuto que reconozca un derecho a la emigración, favorezca su integración, facilite su promoción profesional y los permita el acceso a un alojamiento decente, donde pueda venir, si es el caso, su familia (11).

Tienen relación con esta categoría las poblaciones que, por encontrar un trabajo, librarse de una catástrofe o de un clima hostil, abandonan sus regiones y se encuentran desarraigadas entre las demás.

Es deber de todos — y especialmente de los cristianos (12) — trabajar con energía para instaurar la fraternidad universal, base indispensable de una justicia auténtica y condición de una paz duradera: "No podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios. La relación del hombre para con Dios Padre y la relación del hombre para con los hombres

(9) "Gaudium et Spes", 25: "A. A. S.", 58 (1966), p. 1045.

(10) "Ibidem", 67, p. 1089.

(11) Cfr. "Populorum Progressio", 69: "A. A. S.", 59 (1967), páginas 290-291.

(12) Cfr. "Mt.", 25, 35.

sus hermanos están de tal forma unidas, que, como dice la Escritura: "El que no ama, no conoce a Dios" (I Jn., 4, 8) (13).

Crear puestos de trabajo

18. Con el crecimiento demográfico, más marcado en las naciones jóvenes, el número de aquellos que no llegan a encontrar trabajo y se ven reducidos a la miseria o al parasitismo irá aumentando en los próximos años, a no ser que un estremecimiento de la conciencia humana provoque un movimiento general de solidaridad por una política eficaz de inversiones, de organización de la producción y de los mercados, así como de formación. Conocemos la atención que se está dando a estos problemas dentro de los organismos internacionales y Nos deseamos vivamente que sus miembros no tarden en lograr que sus actos correspondan a las declaraciones.

Es inquietante comprobar en este campo una especie de fatalismo que se apodera incluso de los responsables. Este sentimiento conduce a veces a las soluciones maltusianas, aguijoneadas por la propaganda activa en favor de la anticoncepción y del aborto. En esta situación crítica hay que afirmar, por el contrario, que la familia, sin la cual ninguna sociedad puede subsistir, tiene derecho a la asistencia que le asegure las condiciones de una sana expansión. "Es cierto, decíamos en nuestra encíclica *Populorum Progressio*, que los poderes públicos pueden intervenir dentro de los límites de su competencia, desarrollando una información apropiada y tomando medidas adecuadas, con tal que sean conformes a las exigencias de la ley moral y respeten la justa libertad de la pareja humana. Sin el derecho inalienable al matrimonio y a la procreación, no existe ya dignidad humana" (14).

19. Jamás en cualquier otra época había sido tan explícito el llamamiento a la imaginación social. Es necesario consagrar a ella esfuerzos de invención y de capitales tan importantes como los invertidos en armamentos o para las conquistas tecnológicas. Si el hombre se deja desbordar y no prevé a tiempo la emergencia de los nuevos problemas sociales, éstos se harán demasiado graves como para que se pueda esperar una solución pacífica.

Los medios de comunicación social

20. Entre los cambios mayores de nuestro tiempo, no queremos dejar de subrayar la función creciente que van asumiendo los medios de comunicación social y su influencia en la transformación de las mentalidades, de los conocimientos, de las organizaciones y de la misma sociedad. Ciertamente, tienen muchos aspectos positivos: gracias a ellos las informaciones del mundo entero nos llegan casi instantáneamente, creando contactos, por encima de las distancias, y elementos de unidad entre todos los hombres: haciendo posible una difusión más amplia de la formación y de la cultura. Sin embargo, es-

tos medios de comunicación social, debido a su misma acción, llegan a representar como un nuevo poder. ¿Cómo no se va a preguntar uno entonces sobre los detentadores reales de este poder, sobre los fines que persiguen y los medios que ponen en práctica, sobre la repercusión de su acción en cuanto al ejercicio de las libertades individuales, tanto en los campos político e ideológico como en la vida social, económica y cultural? Los hombres, en cuyas manos está este poder, tienen una grave responsabilidad moral en relación con la verdad de las informaciones que ellos deben difundir, en relación con las necesidades y con las reacciones que hacen nacer en relación con los valores que ellos proponen. Más aún, con la televisión un modo original de conocimiento y una nueva civilización está naciendo: la de la imagen.

Naturalmente, los poderes públicos no pueden ignorar la creciente potencia e influjo de los medios de comunicación social, así como las ventajas o riesgos que su uso lleva consigo para la comunidad civil y para su desarrollo y perfeccionamiento real.

Ellos, por tanto, están llamados a ejercer su propia función positiva para el bien común, alentando toda expresión constructiva, apoyando a cada ciudadano y a los grupos en la defensa de los valores fundamentales de la persona y de la convivencia humana; actuando también de manera que eviten oportunamente la difusión de cuanto menoscabe el patrimonio común de valores, sobre el cual se funda el ordenado progreso civil (15).

El medio ambiente

21. Mientras el horizonte del hombre se va así modificando, partiendo de las imágenes que se seleccionan para él, se hace sentir otra transformación, consecuencia tan dramática como inesperada de la actividad humana. Bruscamente, el hombre adquiere conciencia de ello: debido a una explotación inconsiderada de la naturaleza, corre el riesgo de destruirla y de ser, a su vez, víctima de esta degradación. No sólo el ambiente físico constituye una amenaza permanente: poluciones y deshechos, nuevas enfermedades, poder destructor absoluto; es el cuadro humano lo que el hombre no domina ya, creando de este modo para el mañana un ambiente que podría resultarle intolerable. Problema social de envergadura que incumbe a la familia humana toda entera.

Hacia estas nociones nuevas tiene que volverse el cristiano, para hacerse responsable, en unión con los demás hombres, de un destino en realidad ya común.

ASPIRACIONES FUNDAMENTALES Y CORRIENTES IDEOLÓGICAS

22. Al mismo tiempo que el progreso científico y técnico continúa trastornando el marco del hombre, sus modos de conocimiento, de trabajo, de consumo y de relaciones, se manifiesta siempre en estas nuevas circuns-

(13) "Nostra Aetate", 5: "A. A. S.", 58 (1966), p. 743.

(14) 37: "A. A. S.", (1967), p. 276.

(15) Cfr. "Inter Mirifica", 12: "A. A. S.", 56 (1964), p. 149.

tancias una doble aspiración más viva a medida que se desarrolla su información y su educación: aspiración a la igualdad, aspiración a la participación; dos formas de la dignidad del hombre y de su libertad.

Ventajas y límites de los reconocimientos jurídicos

23. Para inscribir en los hechos y en las estructuras esta doble aspiración, se han hecho progresos en la enunciación de los derechos del hombre y en la búsqueda de acuerdos internacionales para la aplicación de este derecho internacional (16). Sin embargo, las discriminaciones —étnicas, culturales, religiosas, políticas...— renacen siempre. Efectivamente, los derechos humanos permanecen todavía, frecuentemente desconocidos, si no burlados, o su respeto es puramente formal. En muchos casos, la legislación va atrasada respecto a las situaciones reales. Siendo necesaria, es todavía insuficiente para establecer verdaderas relaciones de justicia e igualdad. El Evangelio, al enseñarnos la caridad, nos inculca el respeto privilegiado a los pobres y su situación particular en la sociedad: los más favorecidos deben renunciar a algunos de sus derechos para poner con mayor liberalidad sus bienes al servicio de los demás. Efectivamente, si más allá de las reglas jurídicas falta un sentido más profundo de respeto y de servicio al prójimo, incluso la igualdad ante la ley, podrá servir de coartada a discriminaciones flagrantes, a explotaciones constantes, a un engaño efectivo. Sin una educación renovada de la solidaridad, una afirmación excesiva de la igualdad puede dar lugar a un individualismo donde cada cual reivindique sus derechos sin querer hacerse responsable del bien común.

¿Quién no ve en este campo la aportación capital del espíritu cristiano que va, por otra parte, al encuentro de las aspiraciones del hombre a ser amado? “El amor del hombre, primer valor del orden terreno”, asegura las condiciones de la paz, tanto social como internacional, al afirmar nuestra fraternidad universal (17).

La sociedad política

24. La doble aspiración hacia la igualdad y la participación trata de promover un tipo de sociedad democrática. Diversos modelos han sido propuestos, algunos han sido ya experimentados; ninguno satisface completamente, y la búsqueda queda abierta entre las tendencias ideológicas y pragmáticas. El cristiano tiene la obligación de participar en esta búsqueda, tanto para la organización como para la vida de la sociedad política. El hombre, ser social, construye su destino a través de una serie de agrupaciones particulares que requieren, para su perfeccionamiento y como condición necesaria para su desarrollo, una sociedad más vasta, de carácter universal, la sociedad política. Toda actividad particular de-

be integrarse en esta sociedad ampliada, y adquiere así la dimensión del bien común (18).

Esto indica la importancia de una educación para la vida en sociedad, que, además de la información sobre los derechos de cada uno, recuerde su necesaria correlación con los deberes de cada cual respecto a los demás; el sentido y la práctica del deber están, en todo caso, condicionados por el dominio de sí y por la aceptación de las responsabilidades y de los límites puestos al ejercicio de la libertad del individuo o del grupo.

25. La acción política —¿es necesario subrayar que se trata ante todo de una acción y no de una ideología?— debe estar apoyada en un proyecto de sociedad, coherente en sus medios concretos y en su aspiración, que se alimenta de una concepción plena de la vocación del hombre y de sus diferentes expresiones sociales. No pertenece ni al Estado, ni tampoco a los partidos políticos, que se cerrarían sobre sí mismos, el tratar de imponer una ideología por medios que desembocarían en la dictadura de los espíritus, la peor de todas. Toca a los grupos culturales y religiosos —dentro de la libertad de adhesión que ellos suponen— desarrollar en el cuerpo social, de manera desinteresada y por su propio camino, estas convicciones últimas sobre la naturaleza, el origen y el fin del hombre y de la sociedad.

En este campo conviene recordar el principio proclamado por el Concilio Vaticano II: “La verdad no se impone más que por la fuerza de la verdad misma, que penetra el espíritu con tanta dulzura como potencia” (19).

Ideologías y libertad humana

26. El cristiano que quiere vivir su fe en una acción política, concebida como servicio, tampoco puede adherirse sin contradicción a sistemas ideológicos que se oponen radicalmente, o en puntos sustanciales, a su fe y a su concepción del hombre: ni a la ideología marxista, a su materialismo ateo, a su dialéctica de violencia y a la manera como ella entiende la libertad individual dentro de la colectividad, negando al mismo tiempo toda trascendencia al hombre y a su historia personal y colectiva; ni a la ideología liberal que cree exaltar la libertad individual, sustrayéndola a toda limitación, estimulándola con la búsqueda exclusiva del interés y del poder, y considerando las solidaridades sociales como consecuencia más o menos automática de iniciativas individuales, y no como un fin y un criterio más elevado del valor de la organización social.

27. ¿Es necesario subrayar la posible ambigüedad de toda ideología social? Unas veces reduce la acción política o social, a ser simplemente la aplicación de una idea abstracta, puramente teórica; otras, es el pensamiento el que se convierte en puro instrumento al servicio de la acción, como un simple medio de una estrategia. En ambos casos, ¿no es el hombre quien corre el riesgo de

(16) Cfr. “Pacem in Terris: A. A. S.”, 55 (1963), p. 261 ss.

(17) Cfr. Radiomensaje en ocasión de la Jornada de la Paz: “A. A. S.”, 63 (1971), pp. 5-9.

(18) Cfr. “Gaudium et Spes”, 74: “A. A. S.”, 58 (1969), páginas 1095-1096.

(19) “Dignitatis Humanae”, 11: “A. A. S.”, 58 (1966), p. 930.

verse alienado? La fe cristiana se sitúa por encima y a veces en oposición a las ideologías, en la medida en que se reconoce a Dios, trascendente y creador, que interpela a través de todos los niveles de lo creado al hombre como libertad responsable.

28. El peligro estaría, además, en adherirse a una ideología que no repose sobre una doctrina verdadera y orgánica, refugiarse en ella, como una explicación última y suficiente de todo y construirse así un nuevo ídolo del cual se acepta, a veces sin darse cuenta, el carácter totalitario y obligatorio. Y se piensa encontrar en él una justificación para la acción, aun violenta, una adecuación a un deseo generoso de servicio; éste permanece, pero se deja absorber por una ideología, la cual — aunque propone ciertos caminos para la liberación del hombre — desemboca, finalmente, en hacerlo esclavo.

29. Si hoy día se ha podido hablar de un retroceso de las ideologías, ello puede constituir un momento favorable para una apertura a la trascendencia concreta del cristianismo. Puede ser también un deslizamiento más acentuado hacia un nuevo positivismo: la técnica universalizada como forma dominante de actividad, como modo invasor de existir, como lenguaje mismo, sin que la cuestión de su sentido sea realmente planteada.

Los movimientos históricos

30. Pero fuera de este positivismo que reduce al hombre a una sola dimensión — importante, hoy día — y que en esto lo mutila, el cristiano encuentra en su acción movimientos históricos concretos nacidos de las ideologías y, por otra parte, distintos de ellas. Ya nuestro venerado predecesor Juan XXIII, en la *Pacem in Terris*, muestra que es posible hacer una distinción: “No se pueden identificar — escribe — falsas teorías filosóficas sobre la naturaleza, el origen y la finalidad del mundo y del hombre, con movimientos históricos fundados en una finalidad económica, social, cultural o política, aunque estos últimos deban su origen y se inspiren todavía en esas teorías. Una doctrina, una vez fijada y formulada, no cambia más, mientras que los movimientos que tienen por objeto condiciones concretas y mutables de la vida no pueden menos de ser ampliamente influenciados por esta evolución. Por lo demás, en la medida en que estos movimientos van de acuerdo con los sanos principios de la razón y responden a las justas aspiraciones de la persona humana, ¿quién rehusaría reconocer en ellos elementos positivos y dignos de aprobación?” (20).

El atractivo de las corrientes socialistas

31. Hoy día, los cristianos se sienten atraídos por las corrientes socialistas y sus diversas evoluciones y tratan de reconocer en ellas un cierto número de aspiraciones que llevan dentro de sí mismos en nombre de su fe. Se sienten insertos en esta corriente histórica y quieren desarrollar dentro de ella una acción; ahora bien esta

corriente histórica asume diversas formas, bajo un mismo vocablo, según los continentes y las culturas, aunque ha sido y sigue inspirada en muchos casos por ideologías incompatibles con la fe. Se impone un atento discernimiento. Con demasiada frecuencia los cristianos, atraídos por el socialismo, se sienten tentados a idealizarlo, en términos, por otra parte, muy generosos: voluntad de justicia, de solidaridad y de igualdad. Ellos rehúsan admitir las presiones de los movimientos históricos socialistas, que siguen condicionados por su ideología de origen. Entre los diversos niveles de expresión del socialismo — una aspiración generosa y una búsqueda de una sociedad más justa, movimientos históricos que tienen una organización y un fin político, una ideología que pretende dar una visión total y autónoma del hombre —, hay que establecer distinciones que guiarán las opciones concretas. Sin embargo, estas distinciones no deben tender a considerar tales niveles como completamente separados e independientes. La vinculación concreta que, según las circunstancias, existe entre ellos, debe ser claramente señalada, y esta perspicacia permitirá a los cristianos considerar el grado de compromiso posible en estos caminos, quedando a salvo los valores, en particular de libertad, de responsabilidad y de apertura a lo espiritual, que garantizan el desarrollo integral del hombre.

Evolución histórica del marxismo

32. Otros cristianos se preguntan también si una evolución histórica del marxismo no autorizaría ciertos acercamientos concretos. Notan, en efecto, un cierto estallido del marxismo, que hasta ahora se presentaba como una ideología unitaria, explicativa de la totalidad del hombre y del mundo en su proceso de desarrollo y, por tanto, atea. Fuera del enfrentamiento ideológico que separa oficialmente las diversas tendencias del marxismo-leninismo en su respectiva interpretación del pensamiento de los fundadores, y fuera de las oposiciones abiertas entre los sistemas políticos que se inspiran hoy día en él, algunos establecen distinciones entre diversos niveles de expresión del marxismo.

33. Para unos, el marxismo sigue siendo esencialmente una práctica activa de la lucha de clases. Experimentando el vigor, siempre presente y que renace sin cesar, de las relaciones de dominio y de explotación entre los hombres, reducen el marxismo a una lucha, a veces sin otra perspectiva, lucha que hay que proseguir y aun suscitar de manera permanente. Para otros, será, en primer lugar, el ejercicio colectivo de un poder político y económico bajo la dirección de un partido único que se considera — él solo — expresión y garantía del bien de todos, arrebatando a los individuos y a los otros grupos toda posibilidad de iniciativa y de elección. En un tercer nivel, el marxismo — esté o no en el poder — se refiere a una ideología socialista a base de materialismo histórico y de negación de toda trascendencia. Finalmente, se presenta, por otra parte, bajo una forma más atenuada, más seductora para el espíritu moderno: como una acti-

(20) “A. A. S.”, (1963), p. 300.

vidad científica, como un riguroso método de examen de la realidad social y política, como el vínculo racional y experimentado por la historia entre el conocimiento teórico y la práctica de la transformación revolucionaria. A pesar de que este tipo de análisis concede un valor primordial a algunos aspectos de la realidad con detrimento de otros, y los interpreta en función de la ideología, proporciona, por lo demás, a algunos, a la vez que un instrumento de trabajo, una certeza previa para la acción: la pretensión de descifrar, bajo una forma científica, los resortes de la evolución de la sociedad.

34. Si, a través del marxismo, tal como es concretamente vívido, pueden distinguirse estos diversos aspectos y los interrogantes que ellos plantean a los cristianos para la reflexión y para la acción, sería ilusorio y peligroso el llegar a olvidar el lazo íntimo que los une radicalmente, el aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con ideología, el entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista dejando de percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a la que conduce este proceso.

La ideología liberal

35. Por otra parte, se asiste a una renovación de la ideología liberal. Esta corriente se afirma; sea en nombre de la eficacia económica, sea para defender al individuo contra el dominio invasor, cada vez más, de las organizaciones, sea contra las tendencias totalitarias de los poderes políticos. Ciertamente, hay que mantener y desarrollar la iniciativa personal. Los cristianos que se comprometen en esta línea, ¿no tienden, a su vez, a idealizar el liberalismo que se convierte entonces en una proclamación a favor de la libertad? Ellos querrían un modelo nuevo, más adaptado a las condiciones actuales, olvidando fácilmente que en su raíz misma el liberalismo filosófico es una afirmación errónea de la autonomía del individuo en su actividad, sus motivaciones, el ejercicio de su libertad. Es decir, la ideología liberal requiere, por su parte, un atento discernimiento.

36. En este acercamiento renovado de las diversas ideologías, el cristiano sacará de las fuentes de su fe y de las enseñanzas de la Iglesia los principios y las normas oportunas para evitar el dejarse seducir, y después encerrar en un sistema, cuyos límites y totalitarismo corren el riesgo de aparecer ante él demasiado tarde si no los percibe en sus raíces. Por encima de todo sistema, sin omitir por ello el compromiso concreto al servicio de de sus hermanos, afirmará, en el seno mismo de sus opciones, lo específico de la aportación cristiana para una transformación positiva de la sociedad (21).

Renacimiento de las utopías

37. Hoy día, por otra parte, se nota mejor la debilidad de la ideología a través de los sistemas concretos en que ellas tratan de realizarse. Socialismo burocráti-

co, capitalismo tecnocrático, democracia autoritaria manifiestan la dificultad de resolver el gran problema humano de vivir todos juntos en la justicia y en la igualdad. En efecto, ¿cómo podrían escapar al materialismo, al egoísmo o a las presiones que fatalmente los acompañan? De aquí una contestación que surge un poco por todas partes, signo de profundo malestar, mientras se asiste al renacimiento de lo que se ha convenido en llamar "utopías" que pretenden resolver el problema político de las sociedades modernas mejor que las ideologías. Sería peligroso no reconocerlo; la apelación a la utopía es, con frecuencia, un cómodo pretexto para quien desea rehuir las tareas concretas refugiándose en un mundo imaginario. Vivir en un futuro hipotético es una coartada fácil para deponer responsabilidades inmediatas. Pero, hay que reconocerlo, esta forma de crítica de la sociedad existente provoca con frecuencia la imaginación, prospectiva a la vez, para percibir en el presente lo posiblemente ignorado que se encuentra inscrito en él y para orientar hacia un futuro nuevo; ella sostiene así la dinámica social por la confianza que da a las fuerzas inventivas del espíritu y del corazón humano; y, si no rehúsa ninguna apertura, puede también encontrar nuevamente el llamamiento cristiano. El Espíritu del Señor, que anima al hombre renovado en Cristo, cambia sin cesar los horizontes donde su inteligencia quiere encontrar su seguridad, y los límites donde su acción se encerraría de buena gana; le penetra una fuerza que le llama a superar todo sistema y toda ideología. En el corazón del mundo permanece el misterio del hombre que se descubre hijo de Dios en el curso de un proceso histórico y psicológico, donde luchan y se alternan presiones y libertad, gravedad del pecado y soplo del Espíritu.

El dinamismo de la fe cristiana triunfa entonces sobre los cálculos estrechos del egoísmo. Animado por el poder del Espíritu de Jesucristo, Salvador de los hombres, sostenido por la esperanza, el cristiano se compromete en la construcción de una ciudad humana, pacífica, justa y fraternal, que sea una ofrenda agradable a Dios (22). Efectivamente, "la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo" (23).

Los interrogantes de las ciencias humanas

38. En este mundo, dominado por los cambios científicos y técnicos, que corren el riesgo de arrastrarlo hacia un nuevo positivismo, se presenta otra duda, más esencial. Después de haber dominado racionalmente la naturaleza, he aquí que el hombre se halla como encerrado dentro de su propia racionalidad; se convierte él, a su vez, en objeto de ciencia. Las "ciencias humanas" han tomado hoy día un vuelo significativo. Por una parte, someten a un examen crítico y radical los conocimientos

(21) Cfr. "Gaudium et Spes", 11: "A. A. S.", 58 (1969), p. 1033.

(22) Cfr. "Rom.", 15, 16.

(23) "Gaudium et Spes", 39: "A. A. S.", 58 (1966), p. 1057.

admitidos hasta ahora sobre el hombre, porque aparecen o demasiado empíricos o demasiado teóricos. Por otra parte, la necesidad metodológica y el "a priori" ideológico las conduce frecuentemente a aislar, a través de las diversas situaciones, ciertos aspectos del hombre y a darles, por tanto, una explicación que pretende ser global o por lo menos una interpretación que querría ser totalizante desde el punto de vista puramente cuantitativo o fenomenológico. Esta reducción "científica" lleva consigo una pretensión peligrosa. Dar así privilegio a tal aspecto del análisis es mutilar al hombre y, bajo las apariencias de un proceso científico, hacerse incapaz de comprenderlo en su totalidad.

39. No hay que prestar menos atención a la acción que las "ciencias humanas" pueden suscitar, al dar origen a la elaboración de modelos sociales que se querría imponer en seguida como tipos de conducta científicamente probados. El hombre puede convertirse entonces en objeto de manipulaciones, orientando sus deseos y necesidades, modificando sus comportamientos y hasta su sistema de valores. Nadie duda que ello encierra un grave peligro para las sociedades de mañana y para el hombre mismo. Pues, si todos se ponen de acuerdo para construir una sociedad nueva al servicio de los hombres, es necesario saber todavía de qué hombre se trata.

40. La sospecha de las ciencias humanas atañe al cristiano más que a otros, pero no lo encuentra impreparado. Porque, Nos mismo lo hemos escrito en la *Populorum Progressio*, es en este punto donde se sitúa la aportación específica de la Iglesia a las civilizaciones: "Tomando parte en las mejores aspiraciones de los hombres y sufriendo al no verlas satisfechas, la Iglesia desea ayudarlos a conseguir su pleno desarrollo y esto precisamente porque ella les propone lo que posee como propio: una visión global del hombre y de la humanidad" (24). ¿Sería necesario entonces que la Iglesia conteste las ciencias humanas en su adelanto y denuncie su pretensión? Como para las ciencias naturales, la Iglesia tiene confianza en esta investigación e invita a los cristianos a tomar parte activa en ella (25). Animados por la misma exigencia científica y por el deseo de conocer mejor al hombre, pero al mismo tiempo iluminados por su fe, los cristianos entregados a las ciencias humanas entablarán un diálogo que se prevé fructuoso entre la Iglesia y este nuevo campo de descubrimientos. En verdad, cada disciplina científica no podrá comprender, en su particularidad, más que un aspecto parcial, aunque verdadero, del hombre; la totalidad y el sentido se le escapan. Pero, dentro de estos límites, las ciencias humanas aseguran una función positiva que la Iglesia reconoce gustosamente. Ellas pueden, asimismo, ensanchar las perspectivas de la libertad humana, más de lo que permitirían prever los condicionamientos percibidos. Ellas podrían también ayudar a la moral social cristiana, la cual verá, sin duda, limitarse su campo cuando se trata de proponer ciertos

modelos sociales, mientras que su función de crítica y de superación se reforzará mostrando el carácter relativo de los comportamientos y de los valores que tal sociedad presentaba como definitivos e inherentes a la naturaleza misma del hombre. Condición indispensable e insuficiente a la vez para un mejor descubrimiento de lo humano, estas ciencias constituyen un lenguaje cada vez más complejo, pero que, más que colmar, dilata el misterio del corazón del hombre, y que no aporta la respuesta completa y definitiva al deseo que brota de lo más profundo de su ser.

Ambigüedad del progreso

41. Este mayor conocimiento del hombre permite criticar mejor y aclarar una noción fundamental que está en la base de las sociedades modernas, al mismo tiempo como móvil, como medida y como objeto: el progreso. Después del siglo XIX, las sociedades occidentales y otras muchas en contacto con ellas han puesto su esperanza en un progreso, renovado sin cesar, ilimitado. Este progreso se les presentaba como el esfuerzo de liberación del hombre de cara a las necesidades de la naturaleza y de las presiones sociales; era la condición y la medida de la libertad humana. Difundida por los medios modernos de información y por el estímulo del saber y de consumo más extendidos, el progreso se convierte en ideología omnipresente. Por tanto, viene hoy una duda sobre su valor y sobre su origen. ¿Qué significa esta búsqueda inexorable de un progreso que se esfuma cada vez que uno cree haberlo conquistado? No dominado, el progreso deja insatisfecho. Sin duda se ha denunciado, justamente, los límites y también los perjuicios de un crecimiento económico puramente cuantitativo, y se desea alcanzar también objetivos de orden cualitativo. La cualidad y la verdad de las relaciones humanas, el grado de participación y de responsabilidad son no menos significativos e importantes para el porvenir de la sociedad que la cantidad y la variedad de los bienes producidos y consumidos. Superando la tentación de querer medirlo todo en términos de eficacia y de cambios comerciales, en relaciones de fuerzas y de intereses, el hombre desea hoy sustituir cada vez más estos criterios cuantitativos con la intensidad de la comunicación, la difusión del saber y de la cultura, el servicio recíproco, el acuerdo para una labor común. ¿No está el verdadero progreso en el desarrollo de la conciencia moral, que conducirá al hombre a tomar sobre sí las solidaridades ampliadas y a abrirse libremente a los demás y a Dios? Para un cristiano, el progreso encuentra necesariamente el misterio escatológico de la muerte: la muerte de Cristo y su resurrección, el impulso del Espíritu del Señor ayudan al hombre a situar su libertad creadora y agradecida, en la verdad de todo progreso y en la sola esperanza que no decepciona jamás (26).

(24) 13: "A. A. S.", 59 (1967), p. 264.

(25) Cfr. "Gaudium et Spes", 36: "A. A. S.", 58 (1966), p. 1054.

(26) Cfr. "Rom.", 5, 5.

LOS CRISTIANOS ANTE LOS NUEVOS PROBLEMAS

Dinamismo de la enseñanza social de la Iglesia

42. Frente a tantos nuevos interrogantes, la Iglesia hace un esfuerzo de reflexión para responder, dentro de su propio campo, a las esperanzas de los hombres. El que hoy los problemas parezcan originales, debido a su amplitud y urgencia, ¿quiere decir que el hombre se halla impreparado para resolverlos? La enseñanza social de la Iglesia acompaña con todo su dinamismo a los hombres en su búsqueda. Si bien no interviene para dar autenticidad a una estructura determinada o para proponer un modelo prefabricado, ella no se limita simplemente a recordar unos principios generales. Se desarrolla por medio de una reflexión madurada al contacto con situaciones cambiantes de este mundo, bajo el impulso del Evangelio como fuente de renovación, desde el momento que su mensaje es aceptado en su totalidad y en sus exigencias. Se desarrolla con la sensibilidad propia de la Iglesia, marcada por una voluntad desinteresada de servicio y una atención a los más pobres; finalmente se alimenta en una experiencia rica de muchos siglos, lo que permite asumir en la continuidad de sus preocupaciones permanentes la innovación atrevida y creadora, que requiere la situación presente del mundo.

Por una justicia mayor

43. Queda por instaurar una mayor justicia en la distribución de los bienes, tanto en el interior de las comunidades nacionales como en el plano internacional. En los cambios mundiales es necesario superar las relaciones de fuerza, para llegar a entendimientos concertados con la mirada puesta en el bien de todos. Las relaciones de fuerza no han logrado jamás establecer efectivamente la justicia de una manera durable y verdadera, por más que en algunos momentos la alternancia de las posiciones puede permitir frecuentemente hallar condiciones más fáciles de diálogo. El uso de la fuerza suscita por lo demás la puesta en acción de fuerzas contrarias, y de ahí un clima de lucha que da lugar a situaciones extremas de violencia y abusos (27). Pero, lo hemos afirmado frecuentemente, el deber más importante de justicia es el de permitir a cada país promover su propio desarrollo, dentro del marco de una cooperación exenta de todo espíritu de dominio, económico y político. Ciertamente, la complejidad de los problemas planteados es grande en el conflicto actual de las interdependencias; se ha de tener también la valentía de emprender una revisión de las relaciones entre las naciones, de tratar de la distribución internacional de la producción, de la estructura de los cambios, del control de los beneficios, del sistema monetario, sin olvidar las acciones de solidaridad humanitaria, de poner en interrogante los modelos de crecimiento de las naciones ricas, de transformar las mentalidades para abrirlas a la prioridad del deber interna-

cional, de renovar los organismos internacionales en la perspectiva de una mayor eficacia.

44. Bajo el impulso de los nuevos sistemas de producción, se vienen abajo las fronteras nacionales y se ve aparecer nuevas potencias económicas, las empresas multinacionales, que por la concentración y la flexibilidad de sus medios pueden llevar a cabo estrategias autónomas, en gran parte independientes de los poderes políticos nacionales y, por consiguiente, sin control bajo el punto de vista del bien común. Al extender sus actividades, estos organismos privados pueden conducir a una nueva forma abusiva de dominación económica en el campo social, cultural e incluso político. La concentración excesiva de los medios y de los poderes, que denunciaba ya Pío XI en el 40 aniversario de la *Rerum Novarum*, adquiere un nuevo aspecto concreto.

Cambio de los corazones y de las estructuras

45. Hoy los hombres aspiran a liberarse de la necesidad y de la dependencia. Pero esa liberación comienza por la libertad interior que ellos deben recuperar de cara a sus bienes y a sus poderes; no llegarán a ello a no ser por un amor trascendente del hombre y, en consecuencia, por una disponibilidad efectiva al servicio. De otro modo, se ve claro, aun las ideologías más revolucionarias no desembocarán más que en un simple cambio de amos: instalados a su vez en el poder, estos nuevos amos se rodean de privilegios, limitan las libertades y consienten que se instauren otras formas de injusticia.

Muchos llegan también a plantearse el problema del modelo mismo de sociedad. La ambición de numerosas naciones, en la competición que las oprime y las arrastra, es la de llegar al poder tecnológico, económico, militar. Ella se oprime entonces a la creación de estructuras, en las cuales el ritmo del progreso sería regulado en función de una justicia mayor, en vez de acentuar las diferencias y de crear un clima de desconfianza y de lucha que compromete continuamente la paz.

Significación cristiana de la acción política

46. ¿No es aquí donde aparece un límite radical de la economía? Siendo necesaria, la actividad económica puede, si está al servicio del hombre, "ser fuente de fraternidad y signo de la Providencia" (28); ella da ocasión a intercambios concretos entre los hombres, a reconocimiento de derechos, a la prestación de servicios y a la afirmación de la dignidad en el trabajo. Frecuentemente, terreno de enfrentamiento y de dominio, ella puede dar origen al diálogo y suscitar la cooperación (29). Sin embargo, corre el riesgo de absorber excesivamente las fuerzas y la libertad. Por eso, el paso de la economía a la política se demuestra necesario. Ciertamente, sobre el término "política" son posibles muchas confusiones y deben ser esclarecidas, pero cada uno siente que en los campos social y económico — tanto nacionales como in-

(27) Cfr. "Populorum Progressio", 56 ss.: "A. A. S.", 59 (1967), página 285 ss.

(28) "Populorum Progressio", 86: "A. A. S.", 59 (1967), p. 299.

(29) Cfr. "Gaudium et Spes", 63: "A. A. S.", 58 (1966), p. 1085.

ternacionales —, la decisión última recae sobre el poder político.

Éste, que constituye el vínculo natural y necesario para asegurar la cohesión del cuerpo social, debe tener como finalidad la realización del bien común. Obra en el respeto de las legítimas libertades de los individuos, de las familias y de los grupos subsidiarios con el fin de crear, eficazmente y en provecho de todos, las condiciones requeridas para conseguir el bien auténtico y completo del hombre, incluido su fin espiritual. Se despliega dentro de los límites propios de su competencia, que pueden ser diversos, según los países y los pueblos. Interviene siempre con un deseo de justicia y dedicación al bien común, del que tiene la responsabilidad última. No roba, pues, a los individuos y a cuerpos intermedios su campo de actividades y sus responsabilidades propias, lo cual les induce a concurrir a la realización de este bien común. En efecto, “el objeto de toda intervención en materia social es ayudar a los miembros del cuerpo social y no destruirlos ni absorberlos” (30).

Según su propia vocación, el poder político debe saber desligarse de los intereses particulares para enfocar su responsabilidad hacia el bien de todos los hombres, aun rebasando las fronteras nacionales. Tomar en serio la política en sus diversos niveles — local, regional, nacional y mundial — es afirmar el deber del hombre, de todo hombre, de reconocer la realidad concreta y el valor de la libertad de elección que se ofrece para tratar de realizar juntos el bien de la ciudad, de la nación, de la humanidad. La política es un aspecto, aunque no el único, que exige vivir el compromiso cristiano al servicio de los demás. Sin resolver, ciertamente, los problemas, ella se esfuerza por aportar soluciones a las relaciones de los hombres entre sí. Su campo, amplio y complejo, no es exclusivo. Una actitud invasora que tendiera a hacer de él algo absoluto, se convertiría en un grave peligro. Aun reconociendo la autonomía de la realidad política, los cristianos, solicitados a entrar en la acción política, se esforzarán por buscar una coherencia entre sus opciones y el Evangelio y, dentro de un legítimo pluralismo, de dar un testimonio, personal y colectivo, de la seriedad de su fe mediante un servicio eficaz y desinteresado hacia los hombres.

Participación en las responsabilidades

47. El paso a la dimensión política expresa también una exigencia actual del hombre: una mayor participación en las responsabilidades y en las decisiones. Esta legítima aspiración se manifiesta, sobre todo, a medida que crece el nivel cultural, que se desarrolla el sentido de la libertad y que el hombre se da mejor cuenta de cómo, en un mundo abierto a un porvenir incierto, las decisiones de hoy condicionan ya la vida de mañana. En la *Mater et Magistra* (31), Juan XXIII subrayaba cómo el

acceso a las responsabilidades es una exigencia fundamental en la naturaleza del hombre, un ejercicio concreto de su libertad, un camino para su desarrollo, e indicaba cómo en la vida económica, particularmente en la empresa, debía ser asegurada esta participación en las responsabilidades (32). Hoy el ámbito es más vasto, se extiende al campo social y político donde debe ser instituida e intensificada la participación razonable en las responsabilidades y opciones. Ciertamente, las disyuntivas propuestas a la decisión son cada vez más complejas, las consideraciones a tener en cuenta, múltiples; la previsión de las consecuencias, aleatoria; aún cuando las ciencias nuevas se esfuerzan por iluminar la libertad en estos momentos importantes. Por eso, aunque a veces se imponen límites, estos obstáculos no deben frenar una difusión mayor de la participación en la elaboración de las decisiones, en su elección misma y en su puesta en práctica. Para hacer frente a una tecnocracia creciente hay que inventar formas de democracia moderna, no solamente dando a cada hombre la posibilidad de informarse y de expresar su opinión, sino de comprometerse en una responsabilidad común. Así, los grupos humanos se transforman poco a poco en comunidades de participación y de vida. Así, la libertad, que se afirma demasiado frecuentemente como reivindicación de autonomía, en oposición a la libertad de los demás, se desarrolla en su realidad humana más profunda: comprometerse y afanarse en la realización de solidaridades activas y vividas. Pero para el cristiano el hombre encuentra una verdadera libertad, renovada en la muerte y en la resurrección del Señor, abandonándose en Dios, que lo libera.

LLAMAMIENTO A LA ACCIÓN

Necesidad de comprometerse en la acción

48. En el campo social, la Iglesia ha querido siempre asegurar una doble función: iluminar los espíritus para ayudarlos a descubrir la verdad y distinguir el camino a seguir en medio de las diversas doctrinas que lo solicitan; participar en la acción y difundir, con un deseo real de servicio y de eficacia, las energías del Evangelio. ¿No es la fidelidad a esta voluntad por lo que la Iglesia ha enviado, en misión apostólica entre los trabajadores, a sacerdotes, que, compartiendo íntegramente la condición obrera, son testigos de su solicitud y de su búsqueda?

Nuevamente dirigimos a todos los cristianos, de manera apremiante, un llamamiento a la acción. En nuestra encíclica sobre el desarrollo de los pueblos insistimos para que todos se pusiesen a actuar: “Los seglares deben asumir como su tarea propia la renovación del orden temporal; si la función de la jerarquía es la de enseñar e interpretar auténticamente los principios morales a seguir en este campo, pertenece a ellos, mediante sus iniciativas y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar del espíritu cristiano la mentalidad y

(30) “Quadragesimo Anno: A. A. E.”, 23 (1931) p. 203; cfr. “Mater et Magistra: A. A. S.”, 53 (1961), pp. 414, 428; “Gaudium et Spes”, 74, 75, 76; “A. A. S.”, 58 (1966), pp. 1095-1100.

(31) “A. A. S.”, 53 (1961), pp. 420-422.

(32) “Gaudium et Spes”, 68, 75; “A. A. S.”, 58 (1966), pp. 1089-1090; 1097.

costumbres, las leyes y las estructuras de su comunidad de vida" (33). Que cada uno se examine para ver lo que él ha hecho hasta aquí y lo que debería hacer. No basta recordar los principios, afirmar las intenciones, subrayar las injusticias clamorosas y proferir denuncias proféticas; estas palabras no tendrán peso real, si no van acompañadas en cada uno por una toma de conciencia, más viva, de su propia responsabilidad y de una acción efectiva. Resulta demasiado fácil echar sobre los demás las responsabilidades de las injusticias, si al mismo tiempo uno no se da cuenta de cómo está participando él mismo y cómo la conversión personal es necesaria en primer lugar. Esta humildad fundamental quitará a la acción toda inflexibilidad y todo sectarismo; evitará también el desaliento ante una tarea que se presenta desmesurada. La esperanza del cristiano le viene en primer lugar de saber que el Señor está obrando con nosotros en el mundo, continuando en su Cuerpo, que es la Iglesia — y mediante ella en la humanidad entera — la Redención consumada en la Cruz y que ha estallado en victoria la mañana de la Resurrección (34); le viene también de saber que otros hombres están dispuestos a emprender acciones convergentes de justicia y de paz; pues, bajo una aparente indiferencia, existe en el corazón de cada hombre una voluntad de vida fraternal y una sed de justicia y de paz, que él trata de desarrollar.

49. De este modo, en la diversidad de situaciones, de funciones, de organizaciones, cada uno debe situar su responsabilidad y discernir en conciencia las acciones en las cuales está llamado a participar. Sumergido en corrientes diversas, donde al lado de aspiraciones legítimas se deslizan orientaciones más ambiguas, el cristiano debe guardar una distancia y evitar comprometerse en colaboraciones incondicionales y contrarias a los principios de un verdadero humanismo, aunque sea en nombre de solidaridades efectivamente sentidas. Si quiere jugar, en efecto, una función específica en cuanto cristiano, de acuerdo con su fe — función que los mismos no creyentes esperan de él —, debe velar en el seno de su compromiso activo por esclarecer los motivos, por rebasar los objetivos perseguidos con una visión más comprensiva que evitará el peligro de los particularismos egoístas y de los totalitarismos opresores.

Pluralismo de acciones

50. En las situaciones concretas, y habida cuenta de las solidaridades vividas por cada uno, es necesario reconocer una legítima variedad de opciones posibles. Una misma fe cristiana puede conducir a compromisos diferentes (35). La Iglesia invita a todos los cristianos a una doble tarea de animación y de innovación con el fin de hacer evolucionar las estructuras para adaptarlas a las verdaderas necesidades actuales. A los cristianos que, a

primera vista, parecen enfrentarse partiendo de opciones diversas, les pide un esfuerzo de recíproca comprensión de las posiciones y de los motivos de los demás: un examen leal de su comportamiento y de su rectitud sugerirá a cada cual una actitud de caridad más profunda que, aun reconociendo las diferencias, no crea menos en las posibilidades de convergencia y de unidad. "Lo que une, en efecto, a los fieles es más fuerte que lo que los separa" (36).

Es verdad que muchos, involucrados en las estructuras y los condicionamientos modernos, están determinados por sus hábitos de pensamiento, sus funciones, cuando no lo están también por la salvaguardia de intereses materiales. Otros sienten tan profundamente la solidaridad de clases y de culturas, que llegan a compartir sin reservas todos los juicios y las opciones de su medio (37). Cada uno deberá probarse a sí mismo y hacer surgir la verdadera libertad, según Cristo, que abre a lo universal en el seno mismo de condiciones más particulares.

51. Es ahí donde las organizaciones cristianas, bajo sus diversas formas, tienen una responsabilidad de acción colectiva. Sin sustituir a las instituciones de la sociedad civil, tienen que expresar a su manera, y por encima de su particularidad, las exigencias concretas de la fe cristiana para una transformación justa y, por consiguiente, necesaria, de la sociedad (38).

Hoy, más que nunca, la palabra de Dios no podrá ser proclamada ni escuchada, si no va acompañada del testimonio de la potencia del Espíritu Santo operante en la acción de los cristianos al servicio de sus hermanos, en los puntos donde se juegan su existencia y su porvenir.

52. Al ofrecerle estas reflexiones, tenemos, ciertamente, conciencia, señor cardenal, de no haber abordado todos los problemas sociales que se plantean hoy al hombre de fe y a los hombres de buena voluntad. Nuestras recientes declaraciones a las cuales se une vuestro mensaje en ocasión de la proclamación del segundo decenio del desarrollo — concernientes sobre todo a los deberes del conjunto de las naciones en el grave problema del desarrollo integral y solidario del hombre — siguen todavía vivas en los espíritus. Os dirigimos éstas, con la intención de proporcionar al Consejo para los Seglares y a la Comisión Pontificia "Justicia y Paz" nuevos elementos, al mismo tiempo que aliento, para la prosecución de su tarea de despertar al pueblo de Dios a una plena inteligencia de su función en la hora actual y de "promover el apostolado en el plano internacional" (39).

Con estos sentimientos os otorgamos, señor cardenal, nuestra bendición apostólica.

Vaticano, 14 de mayo de 1971.

PABLO PP. VI

(33) "Populorum Progressio", 81: "A. A. S.", 59 (1967), pp. 296-297.

(34) "Gaudium et Spes", 43: "A. A. S.", 58 (1966), p. 1061.

(35) "Gaudium et Spes", 43: "A. A. S.", 58 (1966), p. 1061.

(36) "Ibidem", 93; 43: p. 113; 1061.

(37) Cfr. "1 Tes.", 5, 21.

(38) "Lumen Gentium", 31: "A. A. S.", 57 (1965), pp. 37-38; "Apostolicam Actuositatem", 5: "A. A. S.", 58 (1966), pp. 8-42.

(39) Motu Proprio "Catholicam Christi Ecclesiam: A. A. S.", 59 (1967), pp. 26 y 27.

CRITERIO Y CONDUCTA DEL CRISTIANO ANTE LA CRISIS ACTUAL EN LA IGLESIA

II

Quienes logran formarse un criterio recto acerca de esta crisis, tienen mucho adelantado para verse libres de caer en ella, y aun para quedar inmunes de sus perniciosas influencias y salpicaduras.

Sobre la formación de este criterio recto tratamos, a manera de modesto ensayo, en un artículo precedente.

También sirve a maravilla el tener un criterio recto acerca de esta crisis en la Iglesia, para adoptar resueltamente y mantener con firmeza la conducta digna, que es consecuencia práctica del mismo recto criterio.

Esta conducta se puede referir a dos objetivos; uno es respecto de la crisis misma, y de los que la promueven, o son afectados por ella. Y de esto, ya hicimos una breve y resumida indicación en el susodicho artículo.

Más espacio requiere el segundo objetivo de esa nuestra conducta; y es la que hemos de observar respecto de la Iglesia, que sufre ahora la terrible crisis. De esto trataremos en este artículo.

Unidos a la Iglesia

La Santa Madre Iglesia siente vivísimamente esta crisis, y la deplora con profunda pena; al mismo tiempo que por boca del Sumo Pontífice y de no pocos insignes y celosos Prelados, que sienten con el Papa, denuncian la crisis, sus características, sus errores y desviaciones y sus graves peligros, con plena claridad y con apostólica intrepidez; y trata de remediarla, cuanto la es dado, con sus enseñanzas, avisos y amonestaciones.

Y es tan acerbo e íntimo el dolor que esta crisis le produce a la Iglesia, porque ve que es en su misma entraña, en su sacerdocio, en no pocos de los que por ser sus sacerdotes ministeriales y partícipes del único Sacerdocio de Cristo, son representantes y legados del mismo Cristo, depositarios y dispensadores de sus divinos misterios y de los tesoros de su gracia.

Gime en honda tristeza la Iglesia, porque advierte que de estos sus queridos sacerdotes, fautores princi-

pales de la actual crisis, se deriva ella, con sus funestos efectos, a no pocos de sus seminaristas, religiosos y religiosas, que son todos ellos como la pupila de sus ojos; y que de unos y otros se extiende la crisis entre variados sectores de seglares. Le duele, pues, a la Iglesia que la crisis de este tiempo sea tan profunda, y se esté realizando en no pocos de los miembros más allegados a la misma Iglesia; los que debían estar más adheridos a ella, y vivir en sumisa obediencia a sus Prelados; con ellos, al Vicario de Cristo; en él a la misma Iglesia. "Ubi Petrus, ibi Ecclesia"; y por ella al mismo Cristo.

A la Iglesia, pues, nos hemos de unir, cuantos queremos sentir con ella, para vivir por Cristo, con Cristo y en Cristo. — ¿De qué manera?

No es difícil ni dudosa la respuesta. — ¿Qué dicen y hacen unos hijos buenos, cuando ven a su querida y santa madre entristecida y apenada, en honda tribulación y amargura, por causa de alguno o algunos otros de sus hermanos, que con sus desviaciones y aun rebeldías se van alejando cada vez más de la madre, y siendo ellos víctimas de funestos engaños, la tienen sumida en profundo dolor?

En tal caso, los hijos fieles la rodean, se unen en torno a ella, se le acercan más, la quieren con más filial amor, y procuran resarcir y reparar con sus muestras de mayor adhesión, obediencia y obsequios, las culpas de sus otros hermanos, que la tienen tan affligida.

Pues así nosotros; no otra ha de ser nuestra conducta para con la Santa Madre Iglesia, en la actual crisis, que la está haciendo una copia viviente de la que es "como tipo y ejemplar acabadísimo de la misma Iglesia, en la fe y en la caridad" (L. G., c. 8, n. 53); la Santísima Virgen Dolorosa.

La misma atribulada situación de la Iglesia, nos invita y nos llama a acercarnos a ella, a ponernos muy junto a ella; este acercamiento nos lleva a conocerla más verdadera y profundamente; este conocimiento nos induce a estimarla con una estima y aprecio mucho más grande y vivo; y este mayor aprecio y estima infunde

en nuestras almas un amor filial más entrañable; un amor que, siendo afectivo y efectivo, nos lleva finalmente a sentir en todo con la Iglesia, y a la más completa docilidad de verdadera obediencia a su Magisterio doctrinal y a su autoridad de régimen o de gobierno.

En los primeros siglos cristianos se fue formulando y proclamando la Teología de la Iglesia, bajo la acción del Espíritu Santo, con las admirables enseñanzas de los Padres Apostólicos, sobre todo de San Ignacio de Antioquía y de San Ireneo; y después con la magnífica doctrina de los Santos Padres mayormente de San Cipriano y San Agustín.

Con esto, se fue formando y creciendo la fe de los cristianos en la Iglesia, y aprendieron lo que esa misma fe, y más aún el espíritu de fe, les pedía respecto de sus relaciones con la Santa Iglesia. Y así es que se fueron acercando más y más los fieles a la Iglesia, con la adhesión de la fe y del amor.

En nuestros tiempos, ha sido la misma Iglesia la que se ha acercado más a nosotros. Lo ha hecho con la maravillosa Constitución dogmática "Lumen gentium", del Concilio Vaticano II. Nos es, pues, ahora más fácil y más seguro el acercarnos a la Iglesia, para adherirnos a ella con una fe más ilustrada y perfecta, y con un amor filial más fundado y fructuoso.

¿Qué es, pues, lo que la fe y el espíritu de fe nos dice en nuestras relaciones con la Santa Iglesia? — Quien dice Iglesia de Cristo, dice para los creyentes dos cosas: *a*) una Sociedad o Cuerpo, cuyos miembros somos; — y *b*) una Autoridad o Jerarquía, cuyos súbditos somos. Hemos, de mantenernos unidos a este Cuerpo; y hemos de vivir dócilmente sometidos a esta Autoridad jerárquica. Tal es la voluntad de Dios, lo que Dios quiere de nosotros: unión con la Iglesia; obediencia a la Iglesia. Es el doble deber que la fe nos señala, y que el espíritu de fe nos hace presente siempre, y nos impulsa a cumplir con perfección.

I. — LA IGLESIA, SOCIEDAD SOBRENATURAL

Bajo el nombre y noción de Iglesia, vemos, ante todo, una Sociedad sobrenatural, la que nació por virtud de la Redención de Cristo, para que sus miembros vivan esa vida divina, y la puedan vivir con más libertad, facilidad y abundancia. — De esta Sociedad, ¿qué nos enseña la fe?

La Iglesia es la Casa de Dios, la puerta del cielo: "No hay aquí otra cosa sino la Casa de Dios y la puerta

del cielo" (Gen., 28, 17). Hemos sido destinados por la inefable bondad de Dios para entrar en el cielo y vivir allí con Dios, nuestro Padre, participando de su vida trinitaria, y por lo mismo, de su felicidad perfecta y eterna. Por eso, el único sentido, significado, valor de nuestra vida presente en la tierra es que esta nuestra peregrinación es una gran preparación y tan sólo esto, para nuestra vida eterna en el cielo. Si esta preparación es ordenada, según el plan de Dios, llegamos al cielo, poseemos la vida eterna del cielo. Aquí, la vida de la gracia, la de Cristo, para tener allí la vida de la gloria. — Pues bien, en la Iglesia hallamos a Cristo, por entero: su doctrina, sus ejemplos, su ley, sus sacramentos, su gracia, todo su poder de Maestro, de Sacerdote y de Rey; en la Iglesia hallamos toda la vida sobrenatural, que no se posee, si no se le posee a Él: "Quien tiene al Hijo, tiene la vida", dice admirablemente San Juan (1 Io., 5, 12). La Iglesia, considerada en su conjunto, y como Sociedad, es en el mundo y en cuantos la componen, "el sacerdocio real, la raza escogida, la nación santa, el pueblo rescatado, para anunciar las maravillas de Dios, que le hizo pasar de las tinieblas a su admirable luz" (1 Petr., 2, 9).

Más aún; la Iglesia es la Esposa de Jesucristo; y no metafóricamente, no por asimilación con los esponsales humanos, sino con toda propiedad; de tal manera, que esta unión verdaderamente conyugal de Cristo con la Iglesia, es el tipo y el modelo de las uniones conyugales en la tierra: "Este Sacramento es grande; mas yo lo declaro de Cristo y de la Iglesia" (Ephes., 5, 32). Es la muy amada de Cristo; de tal forma, que el amor que Cristo le tiene, es el prototipo y el ejemplar del amor que el esposo cristiano debe tener a su esposa: "Varones, amad a vuestras esposas, como Cristo amó a la Iglesia" (ib., v. 25).

La Iglesia es, pues, nuestra Madre; lo es moralmente, sin duda; como lo puede ser una personalidad colectiva, moral; pero lo es muy realmente, ya que por la Iglesia nos viene la vida sobrenatural; se nos da el Hijo, que es quien tiene esta vida. Repitémoslo: "El que tiene al Hijo, tiene la vida".

Ni tan sólo esto; sino que la Iglesia es en un sentido verdadero, aún más que Esposa de Cristo; es su Cuerpo. Es decir:

Cristo, en cuanto *Dios-Hombre*, tiene un determinado Cuerpo físico, orgánico; un Cuerpo de carne y hueso, como los demás hombres. Pero en cuanto *Salvador*, del linaje humano, tiene un cuerpo espiritual, y, como suele decirse, Místico, o misterioso. Lo enseña claramente San Pablo: "Los que somos muchos, somos un solo Cuerpo en Cristo; y por lo que mira a cada uno, miembros los unos de los otros" (Rom., 12, 5); "Y vo-

sotros sois Cuerpo de Cristo; y miembros cada uno por su parte" (1 Cor., 12, 27).

Jesús, el Cristo personal, es la Cabeza del "Cuerpo Místico"; y el Cuerpo Místico es la Iglesia, según lo declara el mismo San Pablo en varios pasajes (Ephes., 1, 22, 23; — Col., 1, 18, etc.).

Así, pues, la Iglesia pertenece a Cristo, como el cuerpo a la cabeza; y también Cristo pertenece a la Iglesia, como la cabeza pertenece al cuerpo: "Es Él la Cabeza del cuerpo, de la Iglesia" (Col., 1, 18). Siendo, pues, la Iglesia el Cuerpo de Cristo, es, por consiguiente, su plenitud, su complemento: "Le constituyó (el Padre), por encima de todo, Cabeza de la Iglesia, la cual es el Cuerpo suyo, la plenitud del que recibe de ella su complemento total y universal" (Ephes., 1, 22, 23).

Por virtud de esta unión de la Iglesia con Cristo, unión más que conyugal, unión individual con Cristo, como de cuerpo con Cabeza, la Iglesia forma parte integrante de un Cristo colectivo, universal, que extiende y perfecciona el primero, dándole la gloria de ser todo en todos, y englobar en su persona moral, la humanidad entera.

De todo esto se sigue que si Cristo, en su ser individual, Hijo de Dios e Hijo de María, tiene con nosotros relaciones de Hermano, de Primogénito; en este su ser colectivo, sus relaciones con nosotros son como paternas, porque por la Iglesia, su Esposa, transfunde en nosotros la vida sobrenatural, que Él tiene en su plenitud: "Y de su plenitud, todos nosotros hemos recibido" (In., 1, 16). — Y así es que en la Iglesia y por la Iglesia, llegamos a serle más que hermanos y más que hijos: Miembros de su Cuerpo: "Puesto que somos miembros de su Cuerpo" (Ephes., 5, 30).

Esto es lo que la fe nos enseña acerca de la Iglesia, considerada en su conjunto, como Sociedad sobrenatural y como Cuerpo Místico de Cristo.

Ahora bien; si somos hombres de fe, si vivimos de la fe, si aspiramos a vivir con espíritu de fe, una fe que nos ilumine siempre y nos fortifique en todo momento, ¿cuáles han de ser nuestras relaciones con la Esposa de Cristo, que es también nuestra Madre; y mayormente ahora, al verla "Madre Dolorosa", al contemplar a su Cabeza visible, el Papa, como un crucificado en la cima de este inmenso Calvario, que es el mundo de hoy?

Ante todo, hemos de estar y vivir unidos a la Iglesia; y no tan sólo con la unión esencial, necesaria para la salvación, la que nos hace ser hijos suyos, la que no se puede romper sin renunciar a la vida eterna y sin dejar de ser miembro del Cuerpo Místico; sino con una unión más estrecha, más íntima, más perfecta, más indisoluble; la que nos asegure no solamente tener la vida so-

brenatural, sino tenerla con la sobreabundancia que Cristo quiere para sus más adictos, la que viven los hijos más hijos de la Iglesia.

Esta unión con la Iglesia nos pide salir de nuestro propio amor, querer e interés; sacrificar todos los egoísmos que se encierran en el pobre "yo", para vivir con la Iglesia y como la Iglesia. Y ¿qué mejor manera de encontrarnos a nosotros mismos, según la frase evangélica, que adhiriéndonos en todo y para todo a la Iglesia?; ¿qué mayor garantía y seguridad de encontrarnos, al fin, en Cristo Jesús?

Excelsitud de esta unión

Es tan excelsa esta unión, que hemos de tener sumo aprecio de ella. En esta nuestra unión con la Iglesia tenemos la razón de ser, la base de nuestra grandeza como cristianos. La Iglesia es nuestro todo, porque es para nosotros el mismo Jesucristo; y si con viva fe nos vemos en el seno de la Iglesia, como miembros de ella, resplandece ante los ojos de nuestra alma la excelsa dignidad que tenemos, por gracia del Señor; somos los escogidos de Dios (1 Petr., 2, 9); y por una especie de identidad moral, somos el mismo Cristo, según la genial definición que del cristiano hizo San Gregorio Niseno: "el cristiano, otro Cristo" (Serm. de perf. forma, hom. christ.). — Por la Iglesia somos todo eso; y por el espíritu de fe, tenemos conciencia de que lo somos.

Vernos así en la Iglesia, es nuestro consuelo, nuestro gozo, nuestra fuerza. Cuando sentimos nuestra soledad, o nuestra flaqueza y aun impotencia; cuando estamos en un abismo de penas y tristezas, no tenemos más que acordarnos de la Iglesia, para dejar de sentir la soledad del corazón. En medio de nuestro aislamiento y de nuestra pena y amargura, podemos, con toda la realidad de nuestra fe, pasar revista a nuestra familia sobrenatural en este mundo: a la Iglesia toda, con el Papa, los Obispos, los sacerdotes, los religiosos y religiosas, los fieles todos, que creen, que esperan, que aman, que oran y que se santifican. ¿Somos desconocidos de ellos? Sí; pero ¿qué importa? Nosotros no los desconoceremos ni los olvidaremos; con el corazón nos uniremos a todos ellos, a sus oraciones, a sus méritos: ¡la Comunión de los Santos! ¡Oh, qué grandeza, qué consuelo y qué fuerza! ¿Por qué la conocemos tan poco, y nos aprovechamos y gozamos tan poco de ella?

La unión perfecta con la Iglesia es unión de intereses, de simpatía, de celo.

Viviendo con espíritu de fe en la Iglesia, nos interesaremos por todo lo que ella es, por todo lo que ella ama y por cuanto ella hace; por su Liturgia, sus méto-

dos y prácticas, sus procesiones, sus devociones, las que llevan su marca y su sello; en una palabra, todas sus venerandas tradiciones.

La fe en la Iglesia nos inducirá a simpatizar de corazón y de hecho con todas las partes de la Iglesia; ninguna nos parecerá extraña: las naciones distintas de la nuestra, las Misiones entre infieles, la ayuda y cooperación a las regiones faltas o escasas de sacerdotes y de religiosos; todas las instituciones de la Iglesia, por la Iglesia, en función de la Iglesia. El espíritu de fe ahuyenta todo lo que es estrechez de miras, exclusivismo, envidia, mezquindad para con los demás; y hace nuestro corazón grande como el mundo, nos hace universales, católicos en una palabra.

La fe en la Iglesia nos lleva a sentir vivamente con la Iglesia en todas sus situaciones, ya de pasión, ya de gloria, pues son los mismos estados de Jesucristo, continuado en la tierra; y también a sentir con todas las épocas de la Iglesia, las pasadas y la presente. ¿No es acaso siempre la misma Iglesia, siempre Jesucristo, perpetuado en ella, con su doctrina, su vida, su obra?

La Historia de la Iglesia es nuestra Historia

Así, pues, interés vivísimo y apasionado por la Historia de la Iglesia; es nuestra Historia, la de nuestra familia sobrenatural; es la Historia de la eterna lucha contra el poder de las tinieblas, la acción perpetua, bajo la inspiración del Espíritu Santo, para la dilatación y afianzamiento del Reino de Dios en las almas y en la tierra toda. Es de un modo principal la Historia de la Iglesia santa, de sus Santos, que son sus joyas, su corona, la flor de su Historia, los testimonios auténticos de su divina eficacia en todas las épocas, y por tanto de su institución divina. Ya que hacemos nuestra peregrinación terrestre bajo la mirada de esa pléyade de testigos (Hebr., 12, 11), conozcámoslos, amémoslos, hablémos con ellos; y será conversar con lo más grande que ha habido en el mundo, será conversar y vivir con el cielo y en el cielo: "Porque nuestra ciudadanía y conversación, en los cielos está" (Phil., 3, 20).

Si en la Historia de la Iglesia ha habido sus lunares y manchas; y todo ello puede ser expuesto, siempre con el máximo respeto, en libros de especialistas y para lectores de mucha formación; de ninguna manera ha de ser predicado al pueblo, y mucho menos con críticas escandalosas, que minan la fe del pueblo sencillo en su Madre la Iglesia.

Y con el interés y simpatía por todo lo de ella, el celo filial por cooperar a que se mantenga y progrese

como el Señor lo quiere. Si la Iglesia hace las reformas e innovaciones necesarias, como lo puede hacer en lo que no es esencial, y lo ha hecho ahora en el Concilio Vaticano II, nuestra conducta ante esas modificaciones ha de ser llevarlas a la práctica con el mismo espíritu y en la misma forma y medida con que las ha hecho la Iglesia. Lejos, pues, de nosotros el funesto espíritu de innovaciones distintas de las de la Iglesia, al margen de las de ella, reprobadas por ella. Lejos el apetito presuntuoso de cambiar, la afectación de modernismo. No nos pese ni nos canse la Tradición de la Iglesia, pues ella nos sostiene y nos guía seguros; no olvidemos que lo que es de sí inmortal, es perennemente joven. Gustemos de tocar, de sentir, de palpar en nuestras manos cristianas la magnífica y áurea cadena, que de siglo en siglos, de consagración en consagración, de Pontífice en Pontífice, nos lleva y nos remonta hasta San Pedro, hasta Cristo, hasta Dios.

En una palabra: viviendo de fe en la Iglesia, esforcémonos por todo lo que mantiene y estrecha nuestra unión con ella; evitemos y huyamos de todo lo que de lejos o de cerca tiende a atenuarla y a aflojarla. (Cfr. Longhaye, S.I., "Retraite annuelle de huit jours"; L'esprit de foi, V).

II. — LA IGLESIA, AUTORIDAD JERÁRQUICA

Además de ser la Iglesia una Sociedad sobrenatural, un Cuerpo, el mismo Cuerpo de Cristo, por lo cual es preciso que vivamos unidos a este Cuerpo, para vivir en Cristo; es también la Iglesia una Autoridad, autoridad organizada, jerárquica, instituida por Jesucristo, y sostenida de continuo por Él mismo, con la asistencia y acción del Espíritu Santo, para instruirnos, regirnos, conducirnos a nuestro último fin sobrenatural, a la eterna salvación.

El que dijo a los Apóstoles, antes de su Ascensión a los cielos: "Y sabed que Yo estoy con vosotros, todos los días, hasta la consumación de los siglos" (Mt., 28, 20), había dicho antes: "Yo soy el camino, y la verdad y la vida" (In., 14, 6); pues bien, la Iglesia es, por identidad moral y mística, el mismo Jesucristo, nuestro único Maestro y nuestro buen Pastor. Oír a la Iglesia es oír a Cristo: "El que a vosotros oye, a Mí me oye" (Lc., 10, 16). El que escucha a la Iglesia, escucha al Espíritu Santo, el Espíritu de la Esposa, pues es el Espíritu del Esposo; y por lo mismo, el Espíritu del Padre, el Espíritu de la verdad, del que la Iglesia es inseparable: "Y Yo rogaré al Padre; y os dará otro Abogado, para

que esté con vosotros perpetuamente; el Espíritu de la verdad" (In., 14, 16, 17).

El Espíritu de la verdad, el Espíritu Santo, asiste de continuo a la Iglesia Jerárquica, y la guía por los caminos de la verdad en su autoridad doctrinal o de Magisterio, y en su Autoridad de régimen o de gobierno.

A la naturaleza corrompida y soberbia, al mal corazón que engendra la incredulidad, en frase de San Pablo, "corazón perverso de incredulidad" (Hebr., 3, 12), esta autoridad de la Iglesia, se le antoja un estorbo, un peso, un yugo; y el mismo orgullo, poniendo una venda ante los ojos del alma de algunos teólogos de hoy día, les hace pensar que la autoridad doctrinal de la Iglesia les impide el libre vuelo por los espacios de la investigación científica teológica. Pero según la fe es todo lo contrario; pues la autoridad de Magisterio de la Iglesia, como también la de jurisdicción, nos da la plena seguridad de que vivimos en la verdad, y de que obramos conforme a la verdad; y así no seamos, como dice San Pablo, "a manera de niños, fluctuando de acá para allá, dando vueltas a todo viento de doctrina" (Ephes., 4, 14); sino que estemos firmes en la fe, ya que como nos dice el mismo Apóstol, "la Iglesia del Dios viviente es columna y sostén de la verdad" (1 Tim., 3, 15). Es decir, toda la verdad religiosa descansa firmemente sobre la columna y base incommovible, que es la Iglesia.

Soberano e inestimable beneficio de Dios el de esta seguridad doctrinal para poseer toda verdad y vivir conforme a ella; por el cual hemos de dar incesantes gracias al Señor, pues esta luz, este faro es el único que es capaz de descubrirnos los escollos de nuestra navegación, y llevarnos al seguro puerto de la eterna salvación.

Tiene la Iglesia, regida por el Espíritu Santo, conciencia cierta y clara de todo esto; y de ahí es que esté ahora profundamente afligida y angustiada al ver que en su mismo seno hay sacerdotes que no sienten con ella, no se atienen a sus enseñanzas; y por eso, en su predicación se olvidan, no pocas veces, de dar la doctrina sólida y tradicional que es la que conduce al pueblo a la seguridad de la fe y a la práctica de las buenas costumbres. Le duele en el alma a la Santa Madre Iglesia que éstos sus sacerdotes, cuya misión es enseñar siempre, no su propia sabiduría, sino la palabra de Dios, conforme al Magisterio eclesiástico, para invitar a todos insistentemente a la conversión y a la santidad, sigan otros derroteros, proponiendo opiniones personales discutibles, y a veces, en frase de Pablo VI, "hipótesis aventuradas y opiniones turbadoras para la fe".

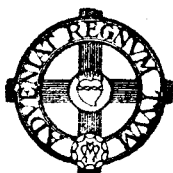
Ante esta tristísima situación, se impone para todo cristiano de verdadera fe y de vida consecuente con su fe, esta única conducta: una sumisión completa, una docilidad absoluta a la autoridad de Magisterio y de Gobierno de la Iglesia, y esto, a costa de nuestras ideas personales, opiniones y sistemas.

Por muy costoso que nos sea este sacrificio, el resultado y el premio de él se presenta a los ojos de nuestra fe lleno de luz indeficiente, de seguridad inmutable, de paz perpetua.

El mismo Cristo, que redimió por obediencia al mundo, perdido por falta de ella, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz, nos pide, con relación a su Iglesia, esta docilidad y sumisión de la verdadera obediencia.

No ha de ser otra la conducta del cristiano ante la actual crisis en la Iglesia: unido con la Iglesia, obediente a la Iglesia, sintiendo siempre y en todo con la Iglesia.

ROBERTO CAYUELA, S. J.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

J U L I O

GENERAL: Que los cristianos opongán de palabra y con el ejemplo los valores del evangelio a la creciente corrupción de costumbres.

MISIONAL: Que la Iglesia en las misiones reciba firmeza y fecundidad de la íntima unión con el vicario de Cristo.